



L I T E R A T U R A O M U E R T E

Rubem
Fonseca

El enfermo
Molière

GRUPO
EDITORIAL
norma

Novela negra



El grupo acaba de representar *El enfermo imaginario*. En el camerino, Molière, que ha tenido a su cargo el papel principal de la obra, se siente mal. Pocas horas después, ya en su casa, echado en su cama y cada vez en peor estado, le susurra a la única persona presente en la habitación, el marqués anónimo que narra esta historia: "Me envenenaron". El marqués oye la revelación y sale inmediatamente en busca de un sacerdote. ¿Por qué un sacerdote y no un médico como sería de esperar?

Este es el punto del que parte Rubem Fonseca para crear la intriga de *El enfermo Molière* y, de paso, revivir las gracias y desgracias de la corte de Luis XIV, donde muchos de los apaleados por el incómodo comediante estaban dispuestos a devolver los palos, así fuera trocándolos por veneno, una práctica, por lo demás, bastante usual en la época.



EL EMPORIO

Libros - Revistas

9 de Julio 182 - Cba.
Tel./Fax (0351) 4253468

cc 21997



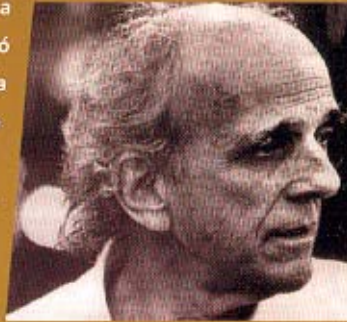
Novela negra

www.norma.com



RUBEM FONSECA

(1925) es uno de los grandes escritores brasileños contemporáneos. Novelista, cuentista, crítico de cine y guionista, sus libros son una prolongación del viejo lema "El hombre es un lobo para el hombre". *El caso Morel*, su primera novela (1973), provocó los elogios de la crítica y fue confiscada por la policía. Fonseca ha publicado, entre otros, los libros de cuentos *Lucia McCartney*, *Feliz año nuevo*,



El cobrador, *La Cofradía de los Espadas e Historias de amor*, y las novelas *Pasado Negro*, *Y de este mundo prostituto y vano...* y *Agosto*, estas dos últimas publicadas por Editorial Norma.

Novela negra

Rubem Fonseca

El enfermo Molière

Traducción de Elkin Obregón

Grupo Editorial Norma

<http://www.norma.com>

Bogotá Barcelona Buenos Aires Caracas Guatemala

Lima México Panamá Quito San José San Juan

San Salvador Santiago de Chile Santo Domingo

Primera edición abril de 2003	Impreso por Cargraphics S.A.
Primera reimpresión agosto de 2003	Impresión Digital
	Impreso en Colombia
Título original portugués	Printed in Colombia
O doente Molière	
© Rubem Fonseca, 2000	CC 21997
Publicado originalmente en Brasil	ISBN 958-04-7220-3
por Editora Companhia das Letras.	
© Editorial Norma S.A.	Prohibida la reproducción total o
Apartado 53550, Bogotá	parcial por cualquier medio
	sin permiso escrito de la Editorial
Armada Blanca Villalba Palacios	
Diseño de cubierta Camilo Umaña	Este libro se compuso en
	caracteres Adobe Minion
Ilustración de cubierta El enfermo	
imaginario (fragmento);	Derechos reservados en español
de Honore Daumier	para América Latina

Fonseca, Rubem, 1925

El enfermo Molière I Rubem Fonseca; traducido del portugués
por Elkin Obregón. - Bogotá: Grupo Editorial Norma, 2003.

126 p.; 21 cm. - (Serie literatura o muerte)

Título original: O doente moliere.

ISBN 958-04-7220-3

1. Novela policíaca brasileña 2. Novela brasileña 3. Molière,
Jean Baptiste Poquelin, 1622-1673 - Novela 1. Obregón Elkin, tr.

II. Tít. III. Serie

B869.3 cd 19 ed.

AHP2114

CEP-Banco de la República- Biblioteca Luis-Angel Arango

Principales personajes de esta novela
POR ORDEN DE APARICIÓN

MARQUÉS ANÓNIMO. Único personaje ficticio. Amigo y colega de colegio de Molière.

MOLIERE (Jean-Baptiste Poquelin, o Pocquelin, según la grafía de la época). Uno de los mayores autores teatrales de la literatura universal.

RACINE (Jean). Gran dramaturgo y poeta, autor de tragedias basadas en los clásicos de la antigüedad.

LULLI (florentino, más conocido por su nombre afrancesado, Lully). Famoso compositor, colaboró con la composición de música y ballet en varias piezas de Molière. Es considerado el fundador de la ópera francesa.

LA GRANGE, O Lagrange (Charles Varlet). Actor de la troupe de Molière.

BARON (Michel). Actor del grupo de Molière.

ARMANDE. Actriz y esposa de Molière.

LA FOREST O La Forêt (Renée Vannier). Cocinera de Molière.

SEÑOR COUTHON. Vecino de Molière, que asistió a sus últimos momentos.

LUIS XIV. Rey de Francia. Patrocinó la compañía de Molière, que pasó a ser conocida como la Troupe du Roi.

MADEMOISELLE DE LA VALLIERE. Favorita del rey.

MARQUESA DE MONTESPAN (o madame de Montespan). Ocupó el lugar de mademoiselle de la Valliere como favorita del rey. Tuvo con él varios hijos, de los cuales seis sobrevivieron, todos reconocidos y agraciados con altos títulos de nobleza.

LA FONTAINE (Jean de). Escritor francés, famoso por sus *Fábulas*.

MIGNARD PIERRE. Autor del retrato que el marqués anónimo dice tener en su casa.

BOILEAU (Nicolas Boileau-Despréaux). Importante autor, de gran influencia en la literatura francesa de la época.

CHAPELLE (Claude-Emmanuel Luillier). Poeta, compañero de colegio y amigo de Molière.

MADELEINE BÉJART. Hermana mayor de Armande Molière.

DOCTOR MAUVILLAN. Médico de Molière.

CORNEILLE (Pierre). Célebre autor francés de dramas y tragedias. Aportó versos a la tragedia ballet de Molière, *Psiqué*.

PRÍNCIPE GASTON D'ORLÉANS (tío de Luis XIV). Patrocinó durante un tiempo la troupe de Molière.

PRÍNCIPE DE CONTI (Armand de Bourbon, hermano del Gran Conde). Patrocinó, antes de convertirse al catolicismo, la troupe de Molière.

LA CHAUSSÉE (Jean Hamelin). Cómplice de la marquesa de Brinvilliers en varios crímenes de muerte.

MARQUESA DE BRINVILLIERS (Marie-Madeleine d' Aubray). Sentenciada por el asesinato de su padre y de dos hermanos.

MARQUISE- THÉRESE (mademoiselle du Pare). Actriz de la troupe de Molière.

MADEMOISELLE DE BRIE (Catherine Le Clerc du Rozay). Actriz de la troupe de Molière.

MADAME DE RAMBOUILLET. Célebre por las reuniones que promovía en su casa.

MADAME DE SCUDÉRY (Madeleine). Escritora y promotora de reuniones literario-sociales.

MADAME DE SÉVIGNÉ (Marie de Rabutin-Chantal). Famosa epistológrafa. Sus cartas, reunidas en libro, constituyen un clásico del género.

MADAME DE LA FAYETTE (Marie-Madeleine Pioche de la Vergne). Novelista, autora del libro Princesa de eleves.

LA ROCHEFOUCAULD (François, duque de). Autor de reflexiones y pensamientos, en forma de epigramas, máximas y aforismos, admirados por su elegancia, ironía y perspicacia.

MARQUESA DE MAINTENON (o madame de Maintenon). Sustituyó a la marquesa de Montespan como favorita de Luis XIV. No tuvo hijos con el rey, con quien realizó un casamiento morganático secreto, probablemente en 1683.

TIBERIO FIORILLI (conocido como Scaramouche, o Scaramuccia). Actor de la troupe italiana que compartía con la compañía de Molière la sala del Palais- Royal.

ESPRIT-MADELEINE. Hija de Molière y Armande.

HENRIETTE-ANNE D' ANGLETERRE (madame). Hermana del rey Charles II de Inglaterra y esposa de Monsieur, con quien tuvo tres hijos.

MONSIEUR (Philippe, duque d'Orléans). Único hermano del rey. Patrocinó durante algún tiempo la troupe de Molière.

CHARLOTTE-ELISABETH DE BAVIERA (madame). Princesa palatina, segunda esposa de Monsieur, con quien también tuvo tres hijos.

PADRE ROULLÉ (Pierre). Autor de un libelo que pedía condenar a Molière a muerte en la hoguera.

DOCTOR DES FOUGERAIS. El médico más célebre de París.

DOCTOR D'AQUIN. Médico del rey.

DOCTOR ESPRIT. Médico de Monsieur.

DOCTOR YVELIN. Médico de Madame.

ANTOINE DREUX D'AUBRAY. Asesinado por su hija, la marquesa de Brinvilliers.

MADAME VOISIN. Hechicera y envenenadora.

LA REYNIE (Nicolas-Gabriel de). Jefe de policía de París.

CAPITÁN SAINTE-CROIX. Cómplice de la marquesa de Brinvilliers.

EGGIDI. Especialista en venenos.

DOCTOR VALLOT. Médico célebre de París.

DOCTOR GUÉNAUT. Idem.

Registros

Soy un marqués de ilustre estirpe, de la mejor nobleza, pero no soy escritor, apenas un lector constante de los buenos autores. Me gustaría escribir para el teatro, ser como mi amigo Molière o como Racine. Un día escribí una tragedia y se la mostré a Racine, pues estaba inseguro, como todo autor que se inicia. Esperaba, por supuesto, que a Racine le gustara mi pieza, claramente inspirada en los modelos griegos, como las suyas. Racine, que en esos tiempos no era aún el autor consagrado que llegaría a ser, me preguntó si quería una respuesta franca. Le aseguré que sí; ¿qué otra respuesta habría podido darle? Me dijo entonces, sin rodeos, que desistiera del teatro. Si desea escribir, agregó, escriba cartas, o diarios; no exigen reglas, ni se precisa talento para hacerlo. Pero escribir para el teatro, además de un don especial, que usted no tiene, requiere el conocimiento de innumerables preceptos, que usted ignora.

Pedí luego a Molière que leyera mi manuscrito, sin mencionarle la opinión de Racine. Mi amigo tardó varios días para decirme que había cumplido mi encargo, y cuando lo hizo fue de un modo evasivo, seleccionando con cuidado las palabras. Primero me preguntó por qué había escogido una tragedia y no una comedia; las llamadas piezas serias no solían resultar convincentes, eran más difíciles de escribir y más costosas de representar. Me recordó la lectura que él mismo había hecho en mi casa de su comedia trágica *Don García de Navarra, o el príncipe celoso*, que tantas expectativas optimistas despertara, y que había resultado un fracaso. Finalmente, afirmó que mi pieza tenía algunas cualidades, pero que aún no estaba lista para ser llevada a la escena. Fue su manera de decirme que había escrito una obra mediocre. No me disgusté con él. Lo amaba. Pero desistí de escribir para el teatro, desistí de ser un artista. Opté por hacer mía, a modo de consuelo, una frase de Michel de Montaigne: Mi arte, mi profesión es vivir.

Aun sin ser escritor, siempre he registrado en cuadernos acontecimientos dramáticos o pintorescos, de mi vida y de las de otros. Lo que hago no es un diario, pues no escribo todos los días, sólo cuando algún asunto me conmueve de alguna forma, o me asombra, o despierta por cualquier motivo mi curiosidad. Y además no consigno, en el encabezamiento de mis registros, la fecha en que fueron escritos, sino apenas los títulos que doy a los temas anotados. Puedo ser a veces un poco prolijo, impreciso, y tal vez hable en exceso de mi vida, pero ello me parece normal en escritos de esta naturaleza.

Seleccioné algunos trechos de mis anotaciones para ser publicados anónimamente, como parte de mis memorias. Las descripciones que hago de las intrigas y escándalos de la corte, de la efervescencia de los salones, de la influencia perniciosa del clero y de otras corporaciones, de la rivalidad entre artistas, nobles y áulicos, están, así pueda no parecerlo, vinculadas al tema principal de esta selección: el misterio de la muerte de Molière, víctima de tantas alevosías, incomprensiones, injusticias y violencias a causa de las piezas que escribió.

I Una profesión infame

Argan está postrado en una silla, con la criada Toinette frente a él, cuando Angélique entra.

¡Oh! ¡Cielos! dice Toinette, algo terrible sucedió. ¡Ah! ¡qué día infeliz!

¿Qué sucede, Toinette? ¿Por qué estás llorando?

Ay de mí. Debo darle malas noticias.

¿Pero qué sucede? Insiste Angélique.

Su padre... murió.

Toinette se aparta, para mostrar a Angélique el cuerpo de Argan, derrumbado en la silla.

Ahí está. Tuvo un desmayo, y murió.

¡Dios mío, qué desgracia cruel, perder a mi amado padre, que era todo en el mundo para mí!

En medio de las lamentaciones de Angélique, entra Cléanthe, a quien Angélique muestra su sufrimiento por la muerte del padre.

De súbito Argan se levanta de la silla, diciendo conmovido:

¡Ah! Hija mía...

¡Oh! exclama Angélique, con gran sorpresa.

Pero nosotros, los espectadores, no nos sorprendemos, sabíamos que Argan se hacía el muerto para poner a prueba el amor de su hija, pues momentos antes había hecho lo mismo con su segunda esposa, la infiel Béline, cuya reacción, al ser informada por Toinette de la muerte de su esposo, había sido de placer: Ayúdame a llevarlo a la cama; hay que guardar silencio sobre su muerte hasta que yo haga lo que fuera necesario, hay papeles y dinero que debo recoger.

Yo estaba en la platea de la sala del Palais- Royal, asistiendo a la cuarta representación de *El enfermo imaginario*. En las ocasiones anteriores, Argan, o mejor Molière, que representaba ese papel, se erguía enérgicamente de la silla, lleno de indignación ante la mujer y de alegría ante la hija, pero aquel día se levantó con dificultad. Se dijera que realmente volvía en sí tras un desmayo profundo. Y cuando Cléanthe, a continuación, pidió a Angélique en matrimonio, Molière, después de responder con voz débil: Sí, fórmese de médico y le daré a mi hija, se pasó la mano por la cabeza y salió apresuradamente del escenario.

Creo que fui el único de los espectadores en advertir que algo le sucedía a Molière, pues yo sabía que antes de hacer mutis debía pronunciar aún algunos parlamentos. La escena burlesca, que era inmediata a ésta, comenzó con cierto retraso. Entraron al escenario hombres con jeringas, farmacéuticos, médicos, ocho cirujanos danzantes y dos cantantes y empezaron a bailar y a recitar en graciosos latinajos, ridiculizando la medicina, y uno de ellos era Molière, quien a ojos vistas pronunciaba con dificultad sus párrafos; apenas si pude escucharle decir *clysterium donare, postea seignare, ensuite purgare* -esas actividades que los médicos, como el doctor Purgon de la pieza, sabían hacer tan bien: aplicar lavativas, realizar sangrías y suministrar vomitivos. Cuando el coro cantó al final *Vivat, novus doctor, qui tam bene parlat*, un jocoso saludo al personaje encarnado

por Molière, éste tuvo una especie de convulsión, que hizo reír al público. Un poco antes, al decir una frase que debía pronunciar de pie, se había sentado en una silla, como si fingiera cansancio.

Al final de la pieza los asistentes aplaudieron entusiasmados. Fui a los bastidores a hablar con los artistas. Era amigo de Jean-Baptiste Pocquelin* desde el tiempo en que habíamos estudiado juntos en el Collège de Clermont, de los jesuitas, cuando él aún no era conocido como Molière -seudónimo que adoptó luego, y cuyo origen jamás explicó-, y estaba destinado a ser, no autor y actor de piezas teatrales, sino Valet-de-Chambre du Roi, y a trabajar como tapicero, con su padre, en la tienda de los Pocquelin, bajo los pilares de Les Halles.

Las veces anteriores en que había asistido a representaciones de *El enfermo imaginario*, fui siempre a felicitar a mi amigo. Sabía que pasaba por una de sus crisis de melancolía, agravada por el hecho de que, gracias a astutas maniobras, Lulli había obtenido del rey, contra la voluntad de Molière, el privilegio de las piezas que había musicalizado para el comediante. Por ese motivo la música de *El enfermo imaginario* fue compuesta por Marc-Antoine Charpentier. Debido también a las intrigas de Lulli, la *première* no se había realizado en Versailles. Molière, suponiendo que el estreno sería en honor del rey, escribió un prólogo, que él mismo habría de leer, diciendo que después de las victorias militares y políticas de nuestro augusto monarca, todos aquellos cuyo oficio era escribir debían dedicarse a celebrar su fama o a divertirlo.

Encontré a Molière estirado en una silla, muy pálido. Parecía como si aún continuara fingiéndose muerto. Vino a mi memoria la pregunta que hace Argan a Toinette, en la pieza: ¿No es peligroso hacerse el muerto? Cuando lo felicité, advertí que sus manos estaban heladas, a pesar de que aún tenía, bajo el batín que vistiera para la última escena, la *culotte*, las medias gruesas y la chaqueta roja que había usado en el tercer acto.

Creo que es mejor llevarlo a casa, le dijo el actor La Grange, quien contaba el dinero recaudado en la taquilla, a su colega Baron. Armande, la mujer de Molière, que hacía el papel de Angélique, ya se había marchado.

Baron y yo montamos a Molière en un carruaje y lo llevamos a su casa, en la calle Richelieu. En cuanto llegamos, Baron le trajo un caldo caliente.

Él apartó la escudilla que Baron tenía en sus manos, diciendo que no le gustaba el sabor de los caldos de su mujer: Sabes bien los ingredientes que les pone; mejor dame un trozo pequeño de queso parmesano. En el escenario su voz solía tener una tesitura que daba a sus parlamentos una característica especial, pero aquel día apenas si sonaba ronca y profunda. Comió un poco del queso con pan que le trajo la cocinera, La Forest, y fue a acostarse. Mandó que le pidieran a su mujer una almohada llena de una droga que ella le había prometido para dormir, pues no quería oír hablar más de remedios.

Todo lo que no entra en el cuerpo lo ensayo sin protestar, pero los remedios que debo beber me asustan; poco falta para perder lo que me resta de vida. Tras decir esto, Molière miró a su alrededor, como verificando quién más estaba en el cuarto. No había nadie, aparte de nosotros dos. Hizo un gesto, pidiendo que me aproximara, como si quisiera contarme un secreto. Incliné la cabeza y acerqué mi oído a su boca.

En la época el nombre se escribía Pocquelin, como hace el Marqués Anónimo, autor de este libro, y también J.-L. Grimarest, en el clásico *La vie de Molière*, publicado en 1705. (R. F.)

Fui mortalmente envenenado, susurró.

Se vio interrumpido por un fuerte acceso de tos, que agitó su cuerpo y le hizo escupir una flema sanguinolenta. Baron volvió al cuarto en ese momento. Molière lucía muy mal. Advirtiéndole nuestra preocupación, dijo: No se asusten. Pidan a mi mujer que venga.

Armande no estaba. Tras llegar a casa había salido en busca de un sacerdote. Se está muriendo, dijo Baron. También nosotros decidimos salir en procura de un padre que suministrara los sacramentos a Molière. En la escalera encontramos a un vecino de Molière, el señor Couthon, a quien contamos lo que estaba sucediendo.

Empezó a morir en escena, observó Baron en mi carruaje, en el que seguimos la calle Saint Honoré hasta la altura del callejón de l'Opéra, donde nos separamos. Baron caminó hacia la iglesia, que quedaba a un paso de la calle de los Bons Enfants. Yo, en mi carruaje, enfilé la calle Fromanteau y fui hasta la capilla de Saint Nicholas du Louvre, pero el padre, cuando le dije de qué se trataba, se rehusó a acompañarme. A esta decepción agregué la molestia de que mi carruaje se había atascado en la Fromanteau, y, como no había por allí nadie que pudiera socorrernos, tuve que apearme y ensuciarme los zapatos, las medias, y hasta la culotte, para ayudar a librar las ruedas de la lama y las basuras que las enredaban. Después fui a la iglesia ubicada en la calle Saint Thomas du Louvre, donde recibí la misma negativa. Me había olvidado de la iglesia que quedaba en la calle Sainte Nicaïsse, cerca de la calle Richelieu, pero allí escuché de nuevo un mal disimulado rechazo. Mi título de marqués y mi nombre ilustre de nada habían servido. Creo que mi aspecto sucio, así hubiera dado de él las debidas explicaciones, dio ánimos al padre para reforzar su negativa.

Cuando regresé -después de Baron y Armande, quienes también habían fracasado en su misión-, Molière ya había muerto. Ningún amigo o familiar estaba presente a la hora de su muerte. El señor Couthon había logrado traer dos monjas, y ellas asistieron los últimos momentos del comediante. Molière murió a las diez de la noche del día 17 de febrero de 1673, un viernes, un mes antes de cumplir cincuenta y dos años.

Los comediantes, gracias a ejercer una profesión considerada infame, son excomulgados. Conforme a las decisiones de la diócesis de París, no se puede dar comunión a personas públicamente indignas y manifiestamente innobles como las prostitutas, los usureros, los hechiceros y los comediantes (por algún motivo misterioso, los cantantes de ópera no sufren esas restricciones). A todos estos réprobos les son negadas la extremaunción y la sepultura cristiana, pero los comediantes pueden obtenerlas si se retractan de sus errores y prometen, de manera solemne y veraz, renegar de su abyecta profesión.

Molière no había hecho tal renuncia, y no podía ser sepultado en ceremonia religiosa. Los adversarios del teatro, en especial todos aquellos que execraban al autor de *Tartufo* y *Don Juan* y habían conseguido la interdicción de ambas piezas, exigían que se impidiera la realización de la ceremonia. Armande, en una de sus peticiones al arzobispo de París, declaró que su marido había recibido el año anterior la comunión prescrita para los fieles, de manos del abate Bernard, de la parroquia de Saint Eustache. Pero no logró probar que Molière hubiera renunciado formalmente a su condición de comediante. Había muerto sin confesión y sin retractación. Armande obtuvo una audiencia con el rey, a

quien habría dicho que si su marido fuera un criminal, sus crímenes habían sido autorizados por Su Majestad. Pero no creo que haya tenido la audacia de hablarle al rey en esos términos.

También yo intenté hablar con el rey; sabía que le gustaba el teatro, he asistido a muchas piezas en su compañía, a las representaciones especiales que las troupes hacen en la corte, y lo vi danzar en escena, con su favorita de ese entonces, mademoiselle de la Vallière, durante la representación en el castillo de Saint-Germain de la pastoral de Molière, *Mélicerte*. Y, adviértase, aquello había ocurrido años después de que *Tartufo* y *Don Juan* crearan tan enorme alboroto.

Pero Luis XIV no me recibió. A pesar de mi linaje ilustre, y de poseer gracia e inteligencia, las cualidades que el rey más apreciaba, Su Majestad no me ocultaba a veces ciertas manifestaciones de desagrado, quizás porque no mostraba yo mucho entusiasmo al ser invitado a cazar con él. El rey no entendía que alguien como yo, diestro en el manejo de las armas de fuego, pudiera hacer asco a una cacería -pero yo sí entendía el placer que le producía al rey matar treinta faisanes de treinta tiros-. O acaso, y es lo más probable, la razón de su alejamiento fuera el hecho de habernos repartido, por algún tiempo, los favores de una joven y bella condesa. No podía existir otro motivo. Yo había cumplido con los deberes de mi linaje durante las guerras. En mi juventud había luchado por el rey en las batallas de Rocroi, de Nordlingen, de Zurmarshausen, en la que fui herido.

Luis XIV y yo teníamos muchas cosas en común: el amor a las mujeres, al teatro, a la música, a la danza y a los caballos; ambos montábamos muy bien, y nos ejercitábamos constantemente, a fin de conservar un estado físico capaz de responder a los ardientes deseos que dominaban nuestros espíritus.

El rey era un hombre elegante, pero creo que le habría gustado tener mi estatura, lo que no lograba ni siquiera usando zapatos de tacón muy alto; decían que teníamos la nariz parecida, pero, aun siendo verdad, aquello no me hacía feliz, pues la nariz del rey era el único rasgo feo de su rostro. Yo le llevaba dieciséis años, pero lucíamos de la misma edad. A mis cincuenta años, edad en que los hombres están ya decrepitos, yo parecía tener treinta.

Mas logré interceder, a mi manera. Hablé con madame de Montespan, que había ocupado, como favorita del rey, el lugar de la Valliere. No sé si esto sirvió para algo. Lo cierto es que al rey le agradaba Molière, tanto que había aceptado ser padrino de su hijo Louis, quien murió de pocos meses. Sin duda quiso complacer al rey el arzobispo de París cuando, incluso habiendo invalidado la comunión dada por el abate Bernard, permitió finalmente que el escritor fuera enterrado en el cementerio de Saint Joseph, en la parte reservada a los suicidas y a los niños paganos, bajo la condición de que el entierro se efectuara de noche, sin pompa alguna, con la sola asistencia de dos sacerdotes.

Molière recibió sepultura a las nueve de la noche. Había permanecido insepulto tres días. La Fontaine, Mignard y Boileau, entre otros amigos, estuvieron presentes; y también Chapelle, nuestro compañero en el Collège de Clermont, que parecía ebrio y con quien intercambié un abrazo compungido.

Portábamos antorchas que daban luz a nuestro alrededor y revelaban, en la cara de algunos enemigos que acudieron al acto, una satisfacción que no lograban esconder. Los evité con enojo. Racine no asistió. El ingrato había olvidado que fue Molière el que le abriera las puertas del éxito, al llevar a escena su primera tragedia, *La tebaida*, cuando

Racine era un completo desconocido. Tampoco estaba presente el inescrupuloso Lulli. Molière se había peleado también con él. A pesar de la hora, unas doscientas personas asistieron al funeral, además de un número idéntico de pobres, a quienes se dio una cuantía de dinero, conforme era usual en tales ocasiones.

La *Gazette*, el diario oficial, no consignó siquiera el fallecimiento de Molière. Sólo el *Mercurie Galant* publicó un elogio fúnebre.

¿Por qué guardé en secreto la revelación que me había hecho Molière? ¿Por qué, en vez de buscar un sacerdote, no acudí al doctor Mauvillan, médico del comediante, o a cualquier otro, para intentar salvado?

La respuesta es sólo una: para protegerme. Yo era amante de Armande. Si descubrieran que Molière había sido envenenado, yo terminaría siendo el principal, o tal vez el único sospechoso de ese crimen: todos saben que los amantes envenenan discretamente a los maridos a quienes engañan, al contrario de los maridos, que cuando se enfadan al saberse engañados, lo cual es raro, matan sin evitar el escándalo, pues la honra, para esos fanfarrones, debe ser lavada con sangre ante los ojos de todos, como si se tratara de una ejecución pública. El uso del veneno podía incriminarme. Por eso callé.

El que no se hubiera hecho una autopsia me favorecía, y también al verdadero asesino; pues, en principio, no existía un asesinato. La muerte de Molière fue atribuida al rompimiento de una vena, causado, según los médicos, por violentos ataques de tos.

(Conversé con el doctor Mauvillan, el médico del comediante. La sangre debe salir hacia afuera del cuerpo, nunca hacia adentro, como sucedió, me dijo. Durante años había tratado lo que él llamaba "estado de ansiedad" de Molière, o "estado de melancolía", causado por la bilis negra, uno de los cuatro humores del organismo, cuyo exceso lleva a la tristeza.)

Volviendo a Armande, era hermana de Madeleine Béjart, la principal actriz de la compañía. La conocí cuando llegó a París, aún adolescente, proveniente de una aldea cercana a Nîmes, donde había sido criada por una amiga de Madeleine. La troupe de Molière pasó por la ciudad, y Armande se incorporó al grupo. Molière le enseñó el arte de representar (Madeleine dice que fue ella), y Armande adoptó el seudónimo de Menou. Era una adolescente, pero muy pronto se fue transformando en una bella mujer; y, por una de esas celadas del destino, mi atracción por ella se tornó irresistible en cuanto se casó con Molière, rayando los veinte años de edad, en agosto de 1662, en la iglesia de Saint Germain l' Auxerrois.

Los enemigos de Molière decían que Armande era una mujer promiscua; lo llamaban cornudo y aseguraban que ella era su hija. Había una diferencia de veintidós años entre las dos hermanas. De hecho, Molière había sido amante de Madeleine Béjart desde el tiempo en que los dos eran muy jóvenes; y los maldicientes comparaban la fecha en que esa relación se había iniciado y la fecha del nacimiento de Armande, para probar su repugnante teoría. No existían límites para aquellos envidiosos.

Siempre apoyé a Molière, desde que él, aún muy joven, y contra la voluntad de su padre, comenzó a frecuentar el ambiente teatral e hizo amistad con la Béjart y con Tiberio Fiorilli, célebre como Scaramouche (los italianos dicen Scaramuccia). Molière y la Béjart fundaron l' Illustre Théâtre. Los ayudé a debutar en París, con la protección del tío de Luis XIV, el príncipe Gaston d' Océans. Pero l' Illustre Théâtre no tuvo éxito, no alcanzaba a pagar sus suministros, y un comerciante en velas consiguió que Molière, por ser el director del grupo, fuera puesto preso por deudas. No pude sacarlo de la prisión de Châtelet porque en 1645 me hallaba guerreando en Alemania. Lo ayudé a volver a París en 1658, tras su peregrinación por la provincia, logrando que hiciera un espectáculo

para el rey, en la sala del Vieux Louvre, que constaba de una tragedia de Corneille, *Nicomede*, y de una farsa suya, *El médico enamorado*. La tragedia fue un fracaso; en la troupe de Molière, la Béjart era la única que sabía representar tragedias. Molière era eficiente en las comedias, pero Chapelle solía decir que de no ser él el director de la compañía y autor de las piezas no obtendría los primeros papeles, como sucedía. No obstante, *El médico enamorado* tuvo gran éxito, y agradó mucho al rey. Después de la ópera, las funciones que más agradaban al rey eran las de teatro; en el teatro prefería las comedias, y entre las comedias se inclinaba por las farsas. No fue difícil conseguir, en ese mismo año, que Molière se instalara en la sala del Petit-Bourbon, compartiendo el espacio con la compañía italiana de Tiberio Fiorilli. Ni tampoco que Monsieur accediera a patrocinar financieramente la troupe. El patrocinio del hermano del rey ayudó mucho a la compañía.

Cuando una actriz de ésta, la bella Marquise-Thérèse, de quien Molière era amante, abandonó la troupe y se unió al grupo de teatro de Bourgogne (dicen que se habría casado secretamente con Racine), fue a mí a quien Molière contó sus cuitas. Pronto él y la De Brie, la nueva estrella de la compañía, casada con uno de los actores, se hicieron amantes. La De Brie y Madeleine Béjart se disputaban los mejores papeles, y por ello, y tal vez porque sabía lo que estaba sucediendo, Madeleine se peleó con Molière, y fui yo el que escuchó con paciencia las lamentaciones del comediante; lo ayudé, luego, a salir de la melancolía que lo dominó cuando Madeleine lo dejó definitivamente. Cuando ella murió, fui uno de los amigos que lo acompañaron en su pena. Fui también el primer lector de las peticiones que hizo al rey, solicitando protección, después de la prohibición de *Tartufo*. Siempre lo defendí de los ataques que sufrió, e intercedí para que sus piezas fueran liberadas. Logré en su favor la protección del príncipe de Conti, trabajé para que después consiguiera el amparo de Monsieur y finalmente el de Su Majestad. Mi vida estaba ligada a la de Molière. Yo era su amigo.

Él era un mimo extraordinario, y le complacía, cuando estaba de buen humor, exhibir para los íntimos esas dotes, sugiriendo, apenas con un gesto del cuerpo o una expresión del semblante, sentimientos de alegría, dolor físico, deseo, entusiasmo, miedo. Mas para representar la tristeza no necesitaba preparación alguna, se dijera que la tenía firmemente alojada en su alma; ni usaba en tales trances los cómicos recursos que tanto brillo daban a sus otras mímicas. Su rostro permanecía inmóvil, mientras sus ojos lo decían todo, y el más alejado de los allí presentes podía percibir la gran amargura de su mirar y de su cara. Porque en ese momento no estaba representando. Aquella tristeza, aquella melancolía, que lo hacían ver nervioso e insomne, eran verdaderas. Sabedor de ello, no me sorprendía cuando, reunidos en torno de una mesa puesta para la cena, él, que estaba alegre, se tornaba de pronto taciturno, o a veces agresivo, o expresaba un súbito deseo de estar solo. La mayor virtud de un ser humano es la bondad, y Molière era un buen hombre. La otra gran virtud es la capacidad de crear obras de arte. Molière tenía esos dones y merecía toda nuestra paciencia, indulgencia y comprensión.

Pero me sentía culpable de su muerte. Al fin de cuentas, lo había dejado morir envenenado, al buscar cobardemente, mientras él agonizaba, un sacerdote, y no un médico. Verdad es que el médico probablemente no lo hubiera salvado, el veneno ya había empezado a producir su efecto letal; mas, ¿cómo saber si los vomitivos, que los médicos

aplican siempre a los enfermos, junto con las lavativas y las sangrías, no habrían hecho el milagro?

Pero no sentía culpa por haberlo traicionado con Armande; ni siquiera arrepentimiento. El arrepentimiento, como nos enseña Michel de Montaigne, es una negación de nuestro deseo y una oposición a nuestras fantasías. Además, todo el mundo cometía adulterio, comenzando por nuestro propio bienamado rey, que llevaba a sus amantes a residir en palacio y no podía ver una mujer bonita sin cortejarla. Mas lo cierto es que, acaso por no poder hacer nada más por él, me sentía en deuda con mi amigo. Y sólo había una manera de aplacar mis tormentos: descubrir al asesino de Molière. Ignoraba qué haría cuando lo descubriera. No podría probar nada, a menos que el culpable confesara; ¿pero quién haría algo así, quién aceptaría incriminar se de tal modo sin haber padecido antes suplicio en una cámara de torturas? Y, en primer lugar, yo no podría comprometerme directamente en la denuncia del criminal, tendría que hacerlo por interpuestas personas. Había otros motivos, muy fuertes, para esconderme, pero aún no quiero hablar de eso. La vida de todo hombre está llena de secretos. El secreto que yo ocultaba era un tormento, su revelación podía costarme la vida.

3 Un asunto del cual aún no quería hablar

En el mes siguiente al del deceso de Molière fue ejecutada la sentencia de muerte de Jean Hamelin, conocido como La Chaussée. La marquesa de Brinvilliers lo había introducido como lacayo en la casa de sus hermanos, a fin de que La Chaussée los envenenara. El lacayo fue detenido y condenado por esos crímenes, pero la marquesa huyó a Inglaterra.

La Chaussée fue sometido en plaza pública al suplicio de la rueda. No quise asistir al siniestro espectáculo, y ese día fui a visitar a mi padre en su castillo, distante de París. Sin embargo, supe por varias personas los detalles de la ejecución, que siguió los trámites establecidos por la justicia.

Una multitud cercaba el patíbulo, erigido en la plaza de Greve. La llegada de La Chaussée fue recibida con silbidos, mofas e improperios. Cuando el reo fue atado con las piernas abiertas y los brazos extendidos sobre dos pedazos de madera dispuestos al modo de la cruz de Saint André, la muchedumbre aplaudió calurosamente.

El verdugo entonces, con una barra de hierro, le quebró los huesos de los brazos, de los antebrazos, de los muslos, de las piernas y del pecho. A cada golpe la multitud gritaba exultante.

A pesar de tener partidos casi todos sus huesos, La Chaussée, antes de la segunda parte del cumplimiento de la sentencia, aún estaba vivo, respirando con dificultad. El verdugo era experto, tenía orden de hacer durar el suplicio, de retardar la muerte.

Luego el verdugo y su ayudante acostaron al condenado de espaldas en una pequeña rueda de carroza, suspendida horizontalmente en el aire por un poste de hierro, sujetos atrás del cuerpo los brazos y las piernas, el rostro mirando al frente para que, mientras aún vivía, hiciera su penitencia mirando al cielo, a merced de la misericordia de Dios.

Armande y yo fuimos siempre muy discretos, pero tengo la impresión de que La Forest sospechaba de nosotros. Los criados saben de sus patrones más de lo que suponemos. Siempre que estaba con Armande en su casa, ausente su marido, estoy seguro de que La Forest nos vigilaba. Parecía estimar mucho al comediante, a pesar de que él, debido a su índole nerviosa y a las oscilaciones de su humor, la trataba a veces con cierta rudeza. Molière tenía con ella una intimidad insólita. Para sentir su reacción, solía leerle sus comedias. Si La Forest las aprobaba, aquello significaba que agradarían al público.

Ahora que Molière había muerto, suprimí mis visitas a la casa de la calle Richelieu. Hacía algún tiempo que mis encuentros con Armande no eran ya placenteros ni venturosos. Pero, antes, siempre me había acostado con Armande con la conciencia tranquila, y lo mismo le sucedía a ella. El hecho de ser amantes en nada perjudicaba a nuestro amigo, a quien estimábamos y cuyo temperamento inestable y muchas veces colérico perdonábamos. Muerto, Molière logró algo que no le había sido posible conseguir en vida: interponerse entre nosotros. Yo sentía una cierta intranquilidad cuando me quedaba solo con ella. Como dijo La Bruyère, los amantes pueden reconocer el crepúsculo y el declinar del amor en el instante en que sienten desasosiego al estar juntos, a solas.

Comencé a evitar a Armande, pero ella encontraba pretextos para verme. Había internado a su hija, la pequeña Esprit-Madeleine, de diez años, en un colegio de monjas, y menos de quince días después de la muerte del marido había regresado a las tablas, para una puesta en escena de *El enfermo imaginario*. No obstante, Molière hacía mucha falta. Además de actor y admirable director, administraba la compañía, organizaba los programas, supervisaba la ejecución de decorados y vestuarios, hacía los contratos con el rey y los grandes señores, hablaba con los compositores, los músicos y los bailarines, y suavizaba los celos entre actores y actrices, que pugnaban encarnizadamente para obtener los mejores papeles. Armande no sabía hacer estos trabajos. Pero no era de eso de lo que quería hablarme aquel día.

¿Todavía me quieres? preguntó, abrazándome cariñosamente.

Mi atracción por ella no había desaparecido del todo. Pese a estar locamente enamorado de otra mujer, mi amante secreta -como dice Michel de Montaigne, citando a Séneca, los placeres leves son locuaces y las grandes pasiones silenciosas-, y además atormentado por mi cobarde comportamiento con Molière, hicimos el amor con el mismo placer de las veces anteriores.

Antes de continuar quiero decir que, a medida que envejecía, me tornaba más libidinoso. Cuando iba a un salón, al contemplar un cuello voluptuoso mi mente se llenaba de pensamientos obscenos; una boca carnosa me sugería los más refinados placeres; el lánguido movimiento de un cuerpo femenino me extasiaba. Sentía deseo por casi todas las mujeres, aun las que no eran bonitas, pero que me atraían por alguna particularidad, la actitud, la mirada, el tono de la voz, la perfección de un talle que yo podía adivinar bajo el traje más púdico. Y ninguna consideración de prudencia o buen sentido me impedía intentar el cortejo de la mujer deseada, fuera ella una marquesa inexpresiva, una gran duquesa, una princesa de sangre real.

Aquel día disfruté de Armande como siempre lo había hecho, incluso sin estar ya enamorado de ella, incluso teniendo a otra en mi corazón. No necesito decir que antes de todo hicimos nuestras abluciones, separadamente, en un pequeño lavabo. Para eso, Armande no precisó siquiera quitarse el vestido, ni las varias sayas que usaba.

Comencé besando las partes del cuerpo de Armando que su vestido dejaba al descubierto. Primero un leve beso en el rostro, después en la boca. Ella retiró mi peluca y me acarició la cabeza; sentí la suavidad de sus dedos en mi piel; no era inusual que hombres de mi categoría, obligados a usar peluca constantemente, se raparan el cráneo. Hice que se quedara de pie al lado de la cama, y, sin darme prisa, aparté una por una las prendas de su traje, y besé con delicadeza cada parte revelada de su cuerpo. Eran tres las sayas íntimas que usaba, y sobre ellas otra, con un relleno que realzaba sus caderas y le daba más amplitud atrás, lo que, en verdad, nada añadía a su belleza.

Armande siempre se excitaba al notar el intenso deseo que su cuerpo perfecto me causaba, saberse bella y deseada le producía un gran placer. Después de desnudada, la acosté de bruces en la cama y besé su espalda, comenzando en la nuca, luego los omóplatos, y fui descendiendo hasta encontrar las dos partes redondas y firmes de sus nalgas, que aparté, abriendo camino a mi lengua. Después la puse de frente y lamí su cuello, sus axilas, sus senos, su vientre, y finalmente me detuve en el delicado estuche cercado de pelos oscuros, que rezumaba un deleitable néctar. Hicimos el amor lentamente, nuestros cuerpos en perfecta armonía, ora quietos, ora móviles, alternando fuerza y suavidad, dejando que los placeres más inefables invadieran sutilmente nuestros cuerpos, conscientes de que el gozo era apenas un aspecto de la fruición física de los amantes, un paroxismo que podía, y a veces debía, ser aplazado o incluso evitado.

Después, cuando nos vestimos, me sentí inquieto, deseando que Armande se marchara.

Me estás evitando, dijo ella.

Lo negué, tal vez con vehemencia excesiva. Soy un alma sensible, y la mujer que se acuesta conmigo merece todo mi respeto, estima, y hasta compasión, si tal fuera el caso.

No sabes mentir, afirmó ella. Me estás rechazando, después de todo lo que hice por ti. No entiendo por qué debemos seguimos viendo en secreto.

Tengo razones para ser prudente, respondí.

¿Qué razones? ¿Vergüenza de que sepan que eres mi amante? ¿O hay otra?

Le juré amor, admiración y respeto. Pero ella no se mostró convencida. Finalmente me vi obligado a decirle la verdad. No toda la verdad, no le hablé de mi nuevo y loco amor.

Sospecho que Molière fue envenenado, le dije. Armande palideció, y por momentos pareció no encontrar palabras para responder.

¿Envenenado? Qué absurdo. Estaba muy enfermo.

Muy enfermo como mi padre, que vive muy enfermo y no muere. ¿Qué enfermedad tenía Molière? ¿Una melancolía triste y caprichosa? Eso no mata a nadie. Era un falso enfermo, como lo eran los enfermos de sus obras. Se quejaba porque además era un hipocondríaco. Argan era él.

Argan era él, Alceste era él, Arnolphe era él, Harpagon, Tartufo, Ariste, Mascarrille, monsieur Jordan, George Dandin, todos sus personajes, por más paradójico que pueda parecer, de algún modo eran él.

Sentí alivio cuando Armande, después de tildarme de loco y de pedirme que no comentara a nadie mis sospechas delirantes, abandonó mi casa. Irme a la cama con ella, ahora que Molière había muerto, se tornaba una traición a la honra y a la memoria de mi amigo.

Tal vez fuera un raciocinio elaborado sobre falsos presupuestos, tal vez temiera que Armande quisiera establecer conmigo lazos más fuertes, pues una cosa es ser amante de una mujer casada, y otra serlo de una viuda; ésta quiere una relación permanente, quiere que el amante se convierta en marido. A los cincuenta años de edad, después de una viudez temprana, no pretendía casarme de nuevo, a pesar del disgusto de mi padre, que quería un heredero con el nombre de la familia, ya que soy hijo único. Más que ir al teatro, lo que me gustaba era pasar las noches en las alcobas y en los salones, yendo de un sitio a otro. Pocos conocían como yo los salones de París, pocos eran tan bienvenidos en cualquiera de ellos. Sabía dónde encontrar a las personas, quién frecuentaba determinado salón, o quién era asiduo de todos, como el duque de La Rochefoucauld, por ejemplo. Los salones, últimamente, eran también una manera de huir de mis aprensiones.

Pero no era sólo Armande la causa de aquéllas. Ya me referí a otra mujer, de quien me había enamorado locamente, un amor secreto y perverso. El mismo año de la muerte de Molière, esa mujer había viajado fuera del país, y yo vivía presa del pánico, pensando en lo que podría suceder si descubrieran mi relación con ella. Los temas de envenenamientos habían comenzado a inquietarme incluso antes de la muerte de Molière.

La noche de ese día me fui a casa y no pude dormir. Viejos temores volvieron a mi memoria; pensé en la muerte de Henriette-Anne d'Angleterre, la esposa de Monsieur, en los rumores que oí, durante la oración fúnebre pronunciada por Bossuet, de que había sido envenenada. Yo sabía que el médico que abrió el cuerpo de Henriette dijo que había encontrado un gran tumor en su hígado, pero se decía que ese dictamen no era confiable. Tal vez ella estuviera en verdad enferma, las últimas veces que la vi tenía un aspecto mórbido. Y, además, ¿quién tendría la audacia de envenenar a la esposa del hermano del rey? Para tener noticias, o más boato, invité a una cena en mi mansión al marqués d'Effiat, que hacía parte de la camarilla de Monsieur, y cuyo nombre había sido mencionado vagamente en los rumores anónimos que corrieron en la corte.

Lenguas viperinas, me dijo esa noche D'Effiat, divulgaron que fue Monsieur quien mandó envenenar a Henriette; como si el duque tuviera razones para hacerlo. Madame en nada lo molestaba, continuó, y usted sabe que el estado matrimonial le resultaba cómodo, por motivos que no necesito exponerle. Razones podrían tener el rey, que fue su amante, y la dejó por La Vallière, e incluso usted, que frecuentó la cama de la duquesa y se sintió traicionado cuando fue sustituido y perdió las prebendas que obtenía con esa relación.

Eché al sodomita de mi casa, pero antes protesté indignado. Si hubiera sido amante de Henriette no sería para obtener ventajas materiales, pues no era yo un marqués intrigante, arruinado y pervertido como él, D'Effiat, que vivía de los torpes favores que prestaba a Monsieur. No creo que mi aventura con Madame hubiera llegado a oídos de Monsieur, y si lo supo, no se molestó. Cuando me vi con él, después del episodio D'Effiat, me trató cordialmente. Ya estaba casado con su segunda mujer, Charlotte-Elisabeth de Baviera, princesa palatina, una rubia alta, un poco tonta, como suelen serlo las alemanas. Liselotte (así la llamaban sus íntimos) se convirtió al catolicismo, perdió los

derechos al trono de Inglaterra, todo para ser cuñada de Luis XIV, con quien, por lo demás, habría hecho mejor pareja.

Aquella noche de insomnio, mi mente vagaba. Pensé en Liselotte y pensé en Monsieur. Él era bastante más bajo que ella, y eso en cierto modo la incomodaba, como también el hecho de que él era feo, tenía una gran nariz y los dientes en pésimo estado. Si bien dentaduras deplorables, con escasas excepciones, todos las teníamos. No le importaba que el marido viviera rodeado de muchachos, que amara las ropas y las fiestas. Pero los tres hijos que Monsieur tuvo con Henriette, y los tres con Liselotte, probablemente eran suyos.

Recordé anécdotas interesantes sobre Monsieur, una de ellas contada por la propia Liselotte. Cierta día, en una fiesta, la princesa palatina me dijo, viendo bailar a su marido: Monsieur baila bien, pero baila como una mujer. Después me secreteó al oído una confidencia: Monsieur es muy supersticioso, bien lo sabes, pero le descubrí una creencia muy singular. Siempre carga un rosario, y otras reliquias, incluso cuando va a acostarse. Una vez, cuando Monsieur dormía, yo, sospechando lo que iba a encontrar, levanté las colchas y comprobé que aquella parte del cuerpo que sólo los hombres poseen estaba envuelta en cordones, con pequeñas imágenes religiosas de la Virgen. Él se despertó en el justo momento en que yo descubría esa extraña superstición, y me explicó que esas imágenes protegían, contra todo maleficio, las partes del cuerpo con las que tenían contacto. Según él, por haber sido protestante no conozco aún la eficacia de las imágenes de la Virgen. Me reí, y él también rió, y me dijo: Por favor, no le hables a nadie de esto. Liselotte, como todos los que revelan una confidencia, sabía que no hay ser humano capaz de guardar un secreto.

Nunca vi dos hermanos tan diferentes como Monsieur y Luis XIV. Pero ambos se asemejaban en el valor y en el arrojo que demostraban en combate, aunque Monsieur luchara en el frente de batalla con el rostro empolvado, los labios pintados y lleno de joyas, como una cortesana. Corría más riesgos que cualquier otro, pues se rehusaba a usar el casco para no estropear la peluca.

Pero luego volví, esa noche de insomnio, a mi obsesión: el envenenamiento de Molière. Seguía con la idea obstinada de saber quién había matado a mi amigo. La falsa impresión de que estaba muy enfermo adquiría poco a poco visos de verdad, y su muerte era erróneamente atribuida a causas naturales. Todos querían que Molière saliera de escena sin estrépitos, confiados en que él y sus obras serían muy pronto olvidados.

Pero, ¿quién lo habría envenenado? Pasaba por mi cabeza la imagen sin rostro de una preciosa ridícula, un burgués gentilhomme, un sacerdote, un fanático religioso, un noble ofendido, un autor lleno de envidia o un actor rencoroso, todos sosteniendo en su mano un frasco de veneno.

5 Los salones de las preciosas ridículas - y de las no ridículas

Mascarille, el lacayo, que se finge marqués, conversa con dos señoritas tontas, Cathos y Magdelon. La impostura fue tramada por dos pretendientes rechazados por las jóvenes, por no hallarlos suficientemente refinados. El falso marqués les promete presentarlas a hidalgos de la alta sociedad.

Nadie mejor que yo para encargarse del asunto, dice Mascarille. Todos ellos me visitan; y puedo decir que no me levanto nunca sin que media docena de gentes de alcurnia espiritual no estén ya esperándome.

¡Dios mío!, exclama Magdelon, le quedaremos altamente agradecidas sin nos facilita esas relaciones, pues, a fin de cuentas, es necesario conocer a todos esos señores si queremos pertenecer a los altos círculos.

Mientras Magdelon habla, Mascarille se acomoda su inmensa peluca, y hace muecas por debajo de la máscara que usa.

Mas para mí, continúa Magdelon, lo que considero más importante es que, gracias a esas visitas intelectuales, aprenderemos un centenar de cosas que son la esencia de un bello espíritu. Así se aprenden las pequeñas novedades galantes, el bello intercambio de prosa y de versos. Se sabe con exactitud: Fulano compuso la pieza más bella del mundo sobre tal asunto; Beltrana hizo la letra de esta aria; aquél escribió un madrigal a una felicidad; otro compuso elegías a una infidelidad; un determinado señor escribió ayer por la tarde una sextilla a determinada mademoiselle, cuya respuesta le fue enviada hoy de mañana, cerca de las ocho; un cierto autor hizo determinado proyecto; otro se halla en la tercera parte de su novela; otro más envió sus obras a la imprenta. He aquí lo que da valor a las convivencias; y, si ignoramos esas cosas, no valdrá un ardite todo el espíritu que se pueda tener.

Cathos agrega que encuentra ridículo el que una persona se considere espiritual desconociendo incluso las simples trovas que se hacen todos los días. Moriría de vergüenza si le preguntaran sobre una novedad que desconociera.

Mascarille se muestra de acuerdo con Cathos; pero que no se preocupen, él va a organizar en sus casas un salón frecuentado por gente famosa e ilustre: Os prometo que no se hará un solo verso en París del que no lleguéis a enteraros antes que cualquiera. Veréis correr por los bellos salones de París doscientas canciones, igual número de sonetos, cuatrocientos epigramas y más de mil madrigales, sin contar los enigmas y los retratos de mi autoría.

Confieso, responde Magdelon, que adoro los retratos; nada tan galante como ellos.

Cathos dice que gusta inmensamente de enigmas, de adivinar cosas a partir de una descripción oscura y ambigua. Mascarille afirma que compuso cuatro esa misma mañana.

Y el diálogo prosiguió en el escenario, los espectadores sabiendo quiénes eran los modelos de aquellas dos señoritas, la Rambouillet y la Scudéry, retratadas en la época en que todavía no habían iniciado sus carreras.

Yo estaba en la platea del Petit - Bourbon, la noche del estreno de la primera pieza exitosa de Molière, *Las preciosas ridículas*. Rememoro, con cierta nostalgia, aquellos

tiempos. Madeleine Béjart, que aún hacía parte de la compañía, por entonces conocida como la Troupe de Monsieur, hacía el papel de Magdelon. La De Brie hacía de Cathos. Aquella noche también se representó una pieza de Corneille, *Cinna*. Pero las muchas personas que se reunieron después frente al teatro, en la calle des Poules, entre el Vieux-Louvre y la clausura de Saint Germain l'Auxerrois, no hablaban de la tragedia de Corneille, sino que debatían animadamente si las dos tontas deslumbradas de la comedia de Molière tenían o no como modelos a las renombradas madames de Rambouillet y de Scudéry. El interés despertado por la segunda función fue tan grande que La Grange, que cuidaba de las finanzas de la compañía, dobló el precio de los ingresos, evidentemente con la aquiescencia de Molière.

Afirmaban los defensores de las preciosas que ellas hacían un trabajo importante de estímulo a las artes, que amaban las letras y el buen gusto, y censurar a alguien por ese motivo, como Molière lo había hecho, era una vileza. El propio Molière, previendo aquellas críticas, advirtió, con un artificio retórico, que "las verdaderas preciosas" no debían ofenderse; él retrataba en la pieza a las "ridículas" que las imitaban. El problema era que las dos idiotas de la comedia se llamaban Cathos y Magdelon, y los primeros nombres de la Rambouillet y la Scudéry eran, respectivamente, Catherine y Madeleine. Resultaba obvio que Molière quería aludir a ellas.

Para comprobar la repercusión de la comedia, hice durante varios días una peregrinación por los salones (antes, Molière y yo visitamos a Monsieur, quien patrocinaba la troupe con un estipendio generoso, y él nos dijo que no daba la menor importancia a aquellas exageradas reacciones contra la pieza).

Me gustaba visitar los salones, lo que para muchos era más divertido que ir a las comedias o a la ópera. Puedo afirmar, sin riesgo de excederme, que pocos en París conocían como yo la vida, la agitación, las intrigas amorosas, políticas y artísticas de los salones, el comportamiento en cierto modo conmovedor de hombres y mujeres sin estirpe, dominados por el sueño vanidoso de ser tomados por aristócratas, las preciosas ridículas y los burgueses gentilhombres tan bien retratados por el genio de Molière.

En el salón de madame de Rambouillet testimonié la indignación que había causado la pieza. El más molesto era un abad, de nombre Cotin, que se tornaría uno de los mayores enemigos de Molière cuando, muchos años después, el comediante lo ridiculizara sin veladuras en *Las sabihondas*. Tuve una discusión seria con aquel abad, quien imbécilmente dio a entender que la crítica de Molière sólo podía entenderse como un ataque a la Rambouillet, en tanto que los otros, más inteligentes, para demostrar que la alusión no iba dirigida a su anfitriona, se limitaban a decir que Molière, escribiendo esa pieza vulgar, había plagiado una vez más a los italianos que compartían con él la sala del Petit-Bourbon.

Conozco bien toda la obra de Molière y puedo afirmar que esa acusación de plagio sólo era en rigor verdadera en lo concerniente a dos piezas que Molière montó en la provincia como si fueran de su autoría: *Los celos de Barbouillé* y *El médico volador*, copiadas de antiguas comedias italianas. *El imprudente recrea*, con voz propia, un tema de *El descuidado*, del italiano Beltrame. Tampoco los cinco actos de *Despecho amoroso* pueden ser considerados un plagio, pues Molière se circunscribe a utilizar algunas situaciones de una farsa italiana. En el teatro, es común que un autor acuda a asuntos de textos más antiguos, creando muchas veces una obra nueva, superior en todo a la otra. ¿Acaso la *Fedra* de Racine es un plagio del *Hipólito* de Eurípides? Y las piezas de Corneille, ¿tienen algún

tema original? Pero solamente mi amigo era tildado de plagiarlo. Los actores, autores y demás personas ligadas a los teatros rivales, el de Bourgogne y el del Marais, gracias al éxito de *Las preciosas ridículas* cuando esperaban un nuevo fracaso de Molière, iniciaron la difusión de esos libelos e intrigas, anónimos o no. La guerra literaria en París no tenía límites. No mencionaré el nombre de esos autores de panfletos, piezas de teatro, libelos, porquerías literarias que sólo pudieron ser representadas o publicadas porque los literatos mediocres que las escribieron hablaban mal de Molière. Los artistas, en general, y los escritores, en particular, son las más envidiosas de las criaturas. Se vengan con odio de ésos que lograron el éxito que ellos mismos no alcanzaron. Para consolar a Molière, yo solía decirle que la envidia era una forma de elogio, y que en palabras de Montaigne era mejor ser envidiado que amado. Montaigne nunca dijo tal cosa, pero mi amigo creyó en mi mentira.

En el salón de la Rambouillet cabía esperar una cierta reacción contra Molière. En cuanto a la marquesa, que por ese tiempo tenía setenta y un años, no me pareció disgustada, así evitara hablar del asunto. Se enorgullecía de su salón, el cual, según ella, ejercía una gran influencia sobre la literatura y la lengua francesa. En cierta ocasión encontré allí a Corneille, leyendo fragmentos de, *Polyeucte*, otra de aquellas tragedias suyas ambientadas en la antigua Roma.

El gran encanto del salón era el grupo de numerosas mujeres bellas y jóvenes que lo frecuentaba, al mando de la marquesa. Las ropas que usaban eran excesivamente adornadas, con encajes y cintas de variados colores, amarillas, azules, rosa brillante (que llamaban "aurora"), y fajas bordadas en oro, que guarnecían el frente del corpiño y la amplia falda superior, cuya longitud de cola variaba de acuerdo a la posición social. Vestidas de ese modo, escondían el cuerpo, lo que exigía muchas conjeturas de mi parte, pues debía deducir, observando el escote que exhibía apenas el cuello y a veces la espalda de la dama, cómo sería el resto del cuerpo. También los brazos estaban ocultos; las mangas, incluso cuando eran cortas y llegaban sólo hasta los codos, se prolongaban en un volante de lino u otras dos hileras de largos encajes. Confieso que en un par de ocasiones me engañó ese exceso de atavíos; cierta vez, creí que la dama en cuestión era una Afrodita a juzgar por su cuello largo y delgado, para venir luego a decepcionarme la gordura de su trasero; en otra oportunidad, desprecié a una bella mujer por un error de apreciación al que me indujo el grueso tejido de su ropa, engaño que felizmente corregí después.

Ya dije, y lo repito ahora: los salones de las preciosas sólo me interesaban por las mujeres. En eso me parecía mucho al rey.

Luego visité el salón de la otra presunta víctima de las ironías de mi amigo, madame de Scudéry. La Rochefoucauld, que no parecía tener en la vida ocupación distinta a frecuentar los salones, divertía con sus epigramas a un grupo de admiradores. Comentando *Las preciosas ridículas*, el duque creó una interesante máxima, que después incluiría en un libro: Nunca nos volvemos tan ridículos como cuando pretendemos ser lo que no somos.

La Scudéry tenía veinte años menos que su mentora. Escribía unos poemas insípidos, firmados con el seudónimo de Safo, la poetisa griega de la antigüedad; pero era inteligente, a veces me parecía brillante, otras me parecía bonita. Sus salones, en el Marais, tenían una buena clientela. Llegué al mismo tiempo que el memorialista Chapelain, a quien detestaba. Oí comentarios acerca de que la sátira de Molière era importuna y llena

de prejuicios. ¿Qué se puede esperar de un impío libertino? me preguntó el padre Jules Mascaron, conocido por sus sermones. No le respondí, siempre evito discutir con mujeres y sacerdotes.

El salón que visité después, para constatar reacciones de las preciosas ante la pieza de Molière, fue el de la duquesa de Montpensier, la Grande Mademoiselle. En los salones del bello y lujoso palacio de Luxemburgo, los convidados eran siempre recibidos por una orquesta, a veces dirigida por un músico célebre, como Lulli. En la época perturbadora de las insurrecciones de la Fronda, la duquesa tomó activamente el partido de los revolucionarios. Pero Anne-Marie Louise d'Orléans, hija de Gaston d'Orléans, tío del rey, tenía sangre real, era intocable.

Yo estimaba a la Grande Mademoiselle y a las personas que frecuentaban su salón, y no quiero, por tal razón, comentar sus liviandades. La duquesa, como todos los bien nacidos, despreciaba a quienes procuraban adquirir de manera rápida y artificial un lugar importante en la sociedad. Le hacía gracia el escándalo, mas las alusiones y críticas mordaces de Molière no la afectaban. Como tampoco parecían afectar a madame de Sévigné, que estaba presente. Una hermosa viuda, con algo más de treinta años, muy cortejada, pero ajena a las propuestas galantes que recibía.

La Sévigné, como siempre, observaba atenta lo que ocurría a su alrededor. Conversaba con la joven condesa de La Fayette (las madames se frecuentaban mutuamente), quien muy pronto, tras separarse del marido, establecería uno de los salones más reputados de París, en la calle Férou, y cuyo libro, *La princesa de Cleves*, obtuvo un gran éxito al ser publicado algunos años después de aquel encuentro nuestro. Las malas lenguas dirían en esa ocasión que quien escribía los libros de La Fayette era Jean Renault de Segrais, un mediocre autor de églogas y pastoriles; pero mi amigo Boileau, cuyos juicios me merecían respeto, la consideraba la mujer más inteligente de Francia, y la que mejor escribía.

Resumiendo, la historia de *La princesa de Cleves* es así: Una princesa se casa con un príncipe, mas no siente amor por él, ni por ningún otro hombre. Pero un día se enamora de un apuesto duque, y confiesa al esposo su pasión. Éste, conmovido por el candor de su mujer, promete ayudarla a superar ese sentimiento. No obstante, devorado por los celos, seguro de que la princesa ama al duque, es presa de una intensa fiebre. Para no impedir que la esposa sea feliz con el otro, el príncipe languidece y muere. ¿Qué sucede luego? ¿La princesa, con el camino libre, se casa con el duque que tanto ama? No, se retira a un convento, y poco después muere también. Creo que el éxito de *La princesa de Cleves* surgió del contraste entre la pureza de esa dama, que parece un personaje de Charles Perrault, y el cinismo y la impudicia que prevalecen entre nosotros. Es difícil encontrar en París una mujer virtuosa; en nuestro medio, honra sin dinero, como dijo Racine, es apenas una enfermedad; creemos que los valores morales, como consta en la *Ética* de Aristóteles, son un simple producto del hábito, y cultivamos los peores posibles. (Cuando, muchos años después, apareció el libro de Perrault, *Cuentos de la Madre Gansa*, lo puse en el estante de mi biblioteca al lado de *La princesa de Cleves*.)

Inicié aquel día una dulce amistad con la bella marquesa de Sévigné, seducido, no por sus hermosas palabras sino por su ancho escote, que dejaba al descubierto su cuello, que acaso podría ser un poco menos opulento, y buena parte de su espalda.

Visité también el salón de madame de Combalet, la duquesa d'Aiguillon, sobrina de Richelieu. Ahora que el todopoderoso ministro de Luis XIII había muerto, el salón de la duquesa, en el Petit Luxembourg, en la calle Vaugirard, no exhibía la concurrencia de antes, cuando muchos lo visitaban con la esperanza de encontrar al cardenal. No obstante, la duquesa d'Aiguillon era una mujer inteligente y sencilla, con quien daba gusto conversar. Cuando Corneille, debido a la publicación de *El Cid*, sufrió los absurdos ataques de la Academia, la Combalet fue la primera en cerrar filas en torno de su amigo. Claro está que *El Cid* estaba dedicado a ella. Me agradó comprobar, en el curso de aquella visita a su salón, que, aunque había entre los presentes algunos resentidos con Molière, era mayor el número de los que no daban importancia al asunto.

No podía dejar de ir al salón de Ninon de Lenclos, a la que llamábamos "nuestra Aspasia", por poseer la sagacidad y la belleza atribuidas a la cortesana griega, amante de Pericles. En la época del estreno de *Las preciosas ridículas*, Ninon tenía treinta y nueve años. Dicen que la vida libertina envejece a las personas, pero Ninon era la prueba de que esa máxima tiene débiles bases. El pecado es más saludable y alegre que la virtud. Aquéllos que truecan el vicio por la beatería se tornan en viejos, feos y desagradables. Gracias a su vida licenciosa Ninon se hacía más bella a medida que envejecía. Podría llenar muchas páginas de mis cuadernos si quisiera anotar los nombres de todos los hombres que se habían acostado con ella, algunos sin la menor distinción, otros de nombre ilustre, como yo, o el cardenal Richelieu, quien cortejó a Ninon cuando la cortesana tenía dieciocho años. Uno de sus encantos es que exigía a los amantes que atendieran sus caprichos, pero también complacía los de ellos.

Me gustaba ir a su salón (cambió muchas veces de dirección, el último quedaba en la calle des Tournelles) para verme con sus amigas, en un ambiente menos formal que el de los otros salones. Al suyo acudía yo con una peluca diferente, más baja y de menos madejas, de pequeña longitud, hecha por mi peluquero conforme a mis instrucciones. Evitaba usar la peluca ceremonial, que pesaba casi un kilo, de cabellos dispuestos en capas que caían sobre mis espaldas. Me recordaba a Molière con la cabellera grotesca de Mascarille. Tampoco gustaba de usar sombreros con muchas plumas, detestaba la ornamentación exagerada de los trajes que se usaban en la corte, y que los burgueses copiaban.

Muchos artistas y nobles importantes hacían parte del círculo de amistades de Ninon. Destacados hombres de letras solían leer para ella sus textos; Molière lo hizo en una o dos ocasiones. También Fontenelle, La Rochefoucauld, La Fontaine. Creo que Mignard pintó un retrato suyo. Su amiga Francroise d'Aubigné era asidua.

Ninon (su nombre verdadero era Anne) tocaba muy bien el laúd, pero la verdad es que todas las mujeres de París tenían ese don. Lo que la hacía aún más atractiva para mí, además de su belleza e inteligencia, era que amaba los caballos y montaba con gran habilidad, al modo masculino.

No había ido a su salón para enterarme de las reacciones causadas por *Las preciosas ridículas*, sino porque siempre había allí cortesanas bonitas y bien dispuestas. También las había, felizmente, en otros salones de la ciudad. Una ciudad sin cortesanas es como una ciudad sin poetas, un lugar incivilizado.

Dejé para el final la visita que hice al salón de los Scarron. François d'Aubigné, la amiga de Ninon, tenía apenas veinticuatro años cuando la première de *Las preciosas ridículas*, y estaba casada desde hacía siete con el escritor Paul Scarron, que era paralí-

tico e impotente. Había sido un matrimonio de conveniencia. La familia de Françoise, de buen linaje, estaba arruinada. Cuando le preguntaron por qué se casaba con un hombre como Scarron, ella respondió: Mejor eso que el convento. El convento es un sitio de reclusión para mujeres desobedientes, adúlteras, u otras a quienes quieran castigar por algún motivo los padres o los maridos. Scarron necesitaba una mujer joven, bonita y espi-ritual que alegrara las reuniones en su casa. Aunque le dio libertad para tener los aman-tes que quisiera, Françoise era discreta. El salón de la pareja, en la calle Villehardouin, era muy divertido, lo frecuentaban escritores, pintores, nobles importantes. Nadie ima-ginaba en ese momento, ni ella misma, que Françoise Scarron se llamaría un día marquesa de Maintenon, al asumir el lugar de madame de Montespan como favorita del rey. Eviden-temente, en aquel salón el barullo en torno a *Las preciosas ridículas* no había tenido re-percusiones desfavorables para el comediante.

La verdad es que, al poco tiempo de la primera representación de la pieza, nadie parecía escandalizarse con la sátira de Molière. Recordando la escasa indignación de las personas supuestamente ofendidas que había entrevistado en los salones, concluí que na-die de aquel mundo envenenaría o haría envenenar a mi amigo. Podía, sin temores, supri-mir de mi lista de sospechosos a una preciosa ridícula.

En escena están Orgon, un burgués acomodado, y su cuñado Cléante, quien lo recrimina por haber llevado a su casa a un desconocido, Tartufo, un hombre que Orgon encontró en una iglesia y a quien juzga un verdadero santo.

Deberías ver las circunstancias en que lo encontré, dice Orgon. Todos los días solía ir a la iglesia, y caía contrito de rodillas, justo a mi lado. A la congregación entera le impresionaba el fervor que ponía en sus oraciones, suspirando, gimiendo, besando el suelo con arrobos de humildad. Cuando yo salía, él se adelantaba para ofrecermela, en la puerta, el agua bendita. Sabedor por su empleado de que pasaba necesidades, le brindé algunos donativos, de los cuales él, modestamente, devolvía siempre una parte, diciendo que era mucho y que él no era digno de piedad. Y como yo no aceptaba las devoluciones, daba el dinero, en mi presencia, a un pobre. El cielo me inspiró a ofrecerle abrigo. Tartufo atiende a todo en mi casa, y sus cuidados por mis intereses se extienden incluso hasta a mi esposa; me previene sobre aquellos que le lanzan miradas, es diez veces más celoso con ella de lo que lo soy yo. No creerías hasta qué punto llega su piedad: la más trivial falta cometida por mi mujer es juzgada por él como un pecado, cualquier cosa es suficiente para ofender su conciencia. Deberías ver cómo me reprendió cuando, rezando juntos, atrapé una mosca y la maté.

Estoy evocando el día en que fueron representados por primera vez, en Versalles y para el rey, los tres primeros actos de *Tartufo*, en la sexta jornada de las fiestas de los Placeres de la Isla Encantada, ofrecidas a la corte por Luis XIV. La pieza, aún inconclusa, fue vetada de inmediato, gracias a la influencia de la Compañía del Santo Sacramento, lo que no impidió que meses después fuera representada, primero para Monsieur, en Villers-Cotterets, y luego para Madame, la Princesa Palatina, ya con los cinco actos terminados, en el castillo de Raincy.

El verdadero rostro de Tartufo, en la versión completa, acaba siendo plenamente revelado. La verdad es que se trata de un charlatán, un libidinoso, un hipócrita que con sus parrafadas santurronas retrata la beatería, el fanatismo y la intolerancia que infestaban los medios religiosos. En mi opinión, la mayoría de los beatos y padres de la Iglesia son auténticos Tartufos.

Algunos años antes, ya *Escuela de mujeres* había sido considerada una parodia in-moral de la educación cristiana en los conventos, y de los principios sagrados del matrimonio. Molière llegó a ser agredido por un fanático. Crecieron los libelos, contumelias y calumnias, la mayoría anónimos, lanzados contra el comediante, acusado de hereje impío, sinvergüenza y depravado incestuoso. Pero Molière también tenía sus aliados, pocos, pero de peso. Boileau, nuestro admirable amigo, crítico y poeta, cuyo tratado en verso, *El arte de la poesía*, hace una síntesis de las reglas y convenciones de nuestra literatura, escribió una estrofa candente contra los detractores de Molière. Y el rey exacerbó el ánimo de los maldicientes al otorgar a Molière una pensión por la excelencia de su poesía cómica.

Tartufo dio nueva ocasión a los enemigos de Molière para intentar destruirlo. A pesar de que el cardenal Chigi, delegado del papa Alejandro VII, manifestara su aproba-

ción después de que le hicieran una lectura especial de la comedia, el clero continuó atacándola. El padre Roullé escribió un libelo en el cual afirmaba que Molière era "la encarnación del demonio", que había ridiculizado impíamente la religión, y que debía ser castigado. El arzobispo de París, cardenal Hardouin de Beaumont de Péréfixe, pidió al rey la prohibición de *Tartufo*. Molière es un hombre muy peligroso, dijo a Luis XIV. Cualquier opinión que la Iglesia juzgara contraria a sus doctrinas era rechazada enérgicamente, y toda clase de acciones se ponían en marcha para acallar al opositor.

En una reunión de la sociedad secreta Compañía del Santo Sacramento, fundada para promover por todos los medios la gloria de Dios, fue examinada, tras el estreno de *Tartufo*, la manera más rápida de castigar a Molière en la tierra, ya que sin duda lo esperaba la hoguera del infierno. El padre Pierre Roullé había sugerido en carta al rey que el comediante fuera quemado en plaza pública, junto con su nefanda pieza, a todas luces para acelerar materialmente su marcha hacia el infierno. Los miembros del Santo Sacramento sabían que la condena a la hoguera resultaba imposible, el rey jamás daría ese orden. ¿Cómo, pues, enviar a Molière al infierno?

Desde su fundación, la Compañía del Santo Sacramento tuvo gran influencia sobre la Iglesia. Richelieu, en sus tiempos de ministro de Luis XIII, se había valido de la Compañía para dar una interpretación jesuítica al Edicto de Nantes, buscando atacar a los protestantes, que estaban autorizados para practicar su religión. Años después Luis XIV, sin necesitar el apoyo de la Compañía, revocaría el edicto, acabando de plano con la libertad religiosa y algunos privilegios de los protestantes, lo que provocó la fuga de miles de hugonotes hacia países protestantes.

Molière elevó peticiones al rey solicitando la liberación de *Tartufo*. Sugerí a mi amigo que revisara la pieza, suprimiendo algunos fragmentos y agregando otros. Surgió una nueva versión, en la cual no se daba ya a entender que Tartufo era un clérigo. Nuevos parlamentos fueron asignados a Cléante, el cuñado inteligente del ingenuo Orgon, para pacificar a los verdaderos devotos, y también a aquellos que no querían darse por aludidos ante la crítica, aunque la merecieran, fingiendo creer que estaba dirigida a otros. El hecho de que exista un embustero, un bellaco que engaña a los otros fingiéndose virtuoso no significa, afirma Cléante, que hoy en día no existan personas realmente virtuosas. Y, al reprobar la actitud de Damis, el hijo de Orgon que amenaza agredir a Tartufo, el mismo Cléante le pide moderación: Vivimos en una época y bajo un gobierno en que no se debe recurrir a la violencia.

Pero ése sería apenas el primer recado recibido por el rey. Para mayor satisfacción de Su Majestad, Molière agregó al final de la pieza un largo parlamento, en boca del alguacil que aparentemente va a expulsar a Orgon y a su familia de sus propiedades, para que Tartufo se apodere de ellas. Cállese, dice el alguacil a Orgon, vivimos bajo el régimen de un príncipe enemigo del fraude, un monarca que puede leer el corazón de los hombres, a quien ningún impostor sería capaz de engañar. Y después de enumerar las virtudes del rey, finaliza afirmando que Tartufo tendrá el castigo que se merece. Y Cléante, casi al final de la comedia, dice a Orgon: Debes arrodillarte y rendir justos agradecimientos a la benevolencia de Su Majestad.

Cuando me leyó el pasaje que había agregado a *Tartufo*, Molière me preguntó, sonriendo, si recordaba la frase de Montaigne: Mi espíritu no fue hecho para doblarse, pero mis rodillas sí. Claro que la recordaba. Si había algo que me consolaba de no haberme convertido en un autor de tragedias era esa subordinación absoluta a la voluntad del rey, quien, usando su derecho divino sobre todas las cosas, decidía en última instancia qué podía o no ser representado, e incluso qué podía ser escrito y publicado. Doblar las rodillas sólo para mostrarse galante en las fiestas era menos doloroso.

Esa nueva versión del texto favoreció su liberación. La pieza empezó a ser representada con el título de *El impostor*. Pero, a pesar de los astutos cambios introducidos por Molière, sus opositores no se conformaron. Yo tenía noticia de que muchos miembros de la corporación médica, de la nobleza y del clero, especialmente los jesuitas, además de los cofrades de la Compañía del Santo Sacramento, se reunían para planear el mejor modo de callar a Molière.

No sería ninguna sorpresa si el asesino de Molière resultara ser un fanático religioso. Cuando mi amigo murió, la Compañía del Santo Sacramento no tenía ya la fuerza de antes; sus actividades estaban prácticamente canceladas, gracias a los innumerables excesos cometidos por sus partidarios. ¿Habría sobrevivido alguno de ellos a la decadencia de la compañía, y había llevado a cabo una venganza solitaria? ¿O el asesino sería un sacerdote, que no había actuado solo sino con el apoyo y estímulo del clero? Los curas se veían retratados en *Tartufo*. Puedo afirmar por conocimiento propio que no hay gentes más hipócritas; usan como nadie el nombre de Dios para encubrir sus bribonadas. Pero, ¿quién? ¿El abate Cotin? ¿El abate Pierre Roullé? ¿El predicador Jules Mascaron? ¿Serían ellos capaces de cometer un crimen tan nefando? Si los religiosos puros, bajo el dominio del fanatismo, cometían las mayores atrocidades, ¿qué no podrían hacer los religiosos sin escrúpulos?

Visité a mi padre en su mansión. Sabía que había formado parte del Santo Sacramento, a instancias de su amigo el duque de Ventadour (olvidé decir que el hecho de no haberme casado nuevamente, para dar un heredero a nuestro nombre, lo irritaba menos que "la vida impía" que yo llevaba, con mis amantes y mis amigos heréticos, como Molière, y ante todo con mi agnosticismo, que yo no hacía público, pero que él conocía; sí, también yo era una especie de Tartufo).

Antes de que le hablara de mis sospechas, mi padre se quejó de que el rey no daba ya la menor importancia al Santo Sacramento, y gracias a ello la institución había perdido su fuerza y su prestigio. Y me sorprendió al preguntarme si estaba yo muy indignado por lo que la compañía le había hecho a Molière.

¿Y qué le hizo? pregunté.

Me dijo que él no había participado, pues sabía que el comediante era mi amigo. Cuando le indagué a qué clase de participación aludía, guardó silencio un momento, como si estuviera meditando una respuesta adecuada.

Vamos, a la prohibición del *Tartufo*, dijo al fin.

Yo estaba pensando en otra cosa.

Pues yo no, respondió él.

Ese diálogo con mi padre me dejó muy inquieto. ¿Por qué había vacilado? ¿Por qué su insistencia en decirme que "no había participado"?

Creció mi sospecha de que el asesinato de Molière había sido obra de alguien muy religioso, o incluso de un miembro del clero.

Me había enterado de que el señor Couthon, el vecino de Molière que lo asistiera en sus últimos momentos, hacía parte de la Compañía del Santo Sacramento. Una amarga ironía. Lo busqué en la calle de Richelieu.

Sabiendo ya que Couthon era de la compañía, lo miré de un modo diferente. Parecía más viejo que yo, pero bien podía no serlo. Los beatos, sea verdadera o falsa su devoción, envejecen más pronto.

También él me miró con recelo, antes de invitarme a entrar. Su casa estaba decorada con imágenes religiosas, destacándose un gran cuadro de Nuestra Señora vestida de azul, con una corona sobre la frente.

Le pedí que me describiera los últimos momentos de Molière.

Respiró hondo, dijo Couthon, y se llevó la mano al estómago, como si sintiera fuertes dolores. Pronunció algunas palabras incomprensibles, pero entendí bien una frase: El marqués lo sabe todo, el marqués lo sabe todo. Creo que se refería a usted, ¿no es así?

Asentí con un gesto. Continúe, se lo ruego. ¿Qué más logró entender?

Eran palabras inconexas, prosiguió Couthon, no las recuerdo, no tenían sentido. ¿Puedo hacerle una pregunta, señor marqués?

Sí.

Aquella frase, "el marqués lo sabe todo", me intrigó. Discúlpeme si soy impertinente. Pero pensé que tal vez se refería a una nueva pieza que no alcanzó a escribir, y cuyo tema usted conocía. Leí en alguna parte que a los escritores, y en general a los artistas, no les gusta morir dejando una obra inconclusa. ¿Se trataba de eso?

Señor Couthon, estoy tan intrigado como usted. Estuve con Molière antes de ir en busca de un sacerdote, pues temía, y mis temores resultaron ciertos, que estuviera al borde de la muerte. Pero él se mostraba completamente lúcido, y no me hizo ninguna recomendación. Como usted debe saber, los sacerdotes se negaron a venir a darle la extremaunción.

Couthon miró al suelo. Siempre me he juzgado un buen observador, capaz de leer en el rostro de las personas aquello que quieren ocultar. Pero confieso que no logré saber si Couthon escondía algo. Todo el tiempo exhibió una expresión condolidida, mientras conversábamos frente a la dulce mirada de Nuestra Señora.

Gracias a amigos comunes, logré concertar una entrevista con el padre Roullé, en su parroquia de Saint Barthélemy. Le pregunté si al dar a Molière el epíteto de «encarnación del demonio» quiso significar que el comediante era el mismo Lucifer.

Me respondió diciendo que Molière estaba al servicio de Satanás. Que el buen Dios había alejado a aquel impío del mundo de los hombres de bien, cuyas almas no podría pervertir ya con sus escritos ultrajantes. Cuando afirmé en mi libelo, agregó el abate, que aquel hereje debía ser quemado, obedecía simplemente los mandamientos de mi Iglesia. La hoguera es el destino justo para todos los blasfemos. Pero no lo odiaba, no cabe el

odio en nuestros corazones. Confiaba, como siempre confié y confiaré, en la justicia divina, concluyó Roullé, dando término a nuestra conversación.

7 Don Juan, el pecador irresistible

En el escenario dialogan don Juan y su criado Sganarelle. El criado desaprueba el carácter mujeriego de su patrón.

¿Piensas, replica don Juan, que un hombre debe atarse a la primera mujer que cautivó su imaginación, renunciar al mundo por ella y jamás mirar a otra? Reconozco que sería una buena idea, hacer de la fidelidad una virtud, enterrarse para siempre en una única pasión y permanecer ciegos a todas las bellezas que nuestros ojos podrían contemplar. ¡Pero no! ¡Que los tontos hagan de la constancia una virtud! Todas las mujeres bonitas tienen derecho a nuestro amor, y la casualidad de haber sido una de ellas la primera no debe robar a las otras una parte de nuestros corazones. La belleza me seduce dondequiera que la encuentre, y me entrego gustoso a su encanto. Sin importar el grado de compromiso, el hecho de estar amando a una mujer no debe volverme injusto con las otras. Guardo un mirar atento a los méritos de todas, rindo homenaje a cada una, y a cada una pago el tributo a que nos obliga la naturaleza. Suceda lo que suceda, no puedo negar el amor a quien considero digna de ser amada; y así, cuando un bello rostro está pidiendo amor, si tuviera diez mil corazones los daría todos. Al fin de cuentas, hay algo inexplicablemente fascinante en enamorarse, y gran parte de ese placer viene del hecho de que el amor es pasajero. Cuán delicioso, cuán hechizante doblegar con centenas de devotas demostraciones el corazón de una joven mujer; acompañar día a día los pequeños progresos; enfrentar con arrobo, suspiros y lágrimas el inocente pudor de un alma que se resiste a ceder; superar, paso a paso, todas las pequeñas resistencias que nos opone, subyugar finalmente sus orgullosos escrúpulos y hacerla consentir. Pero, tras haber alcanzado el éxito, ¿qué resta? ¿Qué más se puede desear? Todo cuanto seduce al enamorado terminó, le espera apenas el ejercicio de un afecto soñoliento y doméstico, hasta que surja un nuevo amor, capaz de despertar sus ansias y propiciar el encanto de una nueva conquista. No hay placer comparable al de vencer la resistencia de una bella criatura, y mi ambición es la misma de los grandes triunfadores, que no ponen límites a sus aspiraciones de conquistar una mujer tras otra. Nada puede reprimir mis impetuosos deseos. Siento en mí un amor que abarca toda la tierra; y, como Alejandro, me gustaría que existiera otro mundo, para acrecentar mis conquistas amorosas.

Don Juan se estrenó en la sala del Palais Royal, un año después de la premiere de Tartufo, e iría a causar idéntica conmoción.

La platea del teatro, en la cual me hallaba esa noche, seguía con gran interés lo que acontecía en la escena. Cuanto allí se estaba diciendo era verdad, no sólo con relación a los hombres sino también a las mujeres, cuyas vidas de casadas, pasado algún tiempo, se hacían más odiosas y frustrantes que las de los hombres. Como ellos, también las mujeres sienten deseos de sustituir un amor que terminó, tornándose a veces en una fuente de tedio y sufrimiento, por otro que despierte de nuevo su entusiasmo de vivir. Sólo que ellas, cuando no son una Ninon de Lenclos, no toman la iniciativa, aunque muchas veces la provoquen. La diferencia entre las mujeres y los hombres es que éstos asumen el riesgo de proponer y ser rechazados, situación que las mujeres evitan enfrentar.

Hombres y mujeres necesitan del amor, pero don Juan les decía que ese amor siempre acaba, y debe ser sustituido por otro.

Es apenas obvio que los moralistas consideraran esto, y todo lo que de controversial había en la pieza, una indecencia más. Saltaba a la vista que no se trataba de una obra edificante, en que los pecadores son execrados. Hasta ser engullido por las llamas en el último acto, don Juan, un ateo inteligente y enormemente seductor, tiene innumerables oportunidades de defender con brillo y elocuencia su irreverente filosofía. Pero tampoco es la pieza una exaltación de la vida licenciosa. Quienes van al teatro con espíritu sectario sólo entienden aquello que quieren entender.

No fue pues sorpresa la movilización de moralistas de todas las especies, clérigos, médicos, beatos, burgueses bien o mal casados, para lograr la prohibición de la obra. Se afirmaba que el don Juan de la pieza tenía como posible modelo al príncipe de Conti, quien durante algún tiempo, entre 1653 y 1656, patrocinó la compañía de Molière, llamada a la sazón Troupe de Monsieur le Prince de Conti (un año después de convertirse al catolicismo, en 1655, el príncipe negó al grupo el derecho de seguir usando su nombre. Por esa época ingresó a la Compañía del Santo Sacramento).

Don Juan, como *Tartufo*, es una pieza sobre la hipocresía. En verdad, todos somos hipócritas, y la falsa devoción es una de las formas más comunes de aquélla. Llevamos una vida corrupta y egoísta, miembros de la nobleza, de la burguesía, de la magistratura, del clero, de las profesiones, del comercio, incluso los campesinos, pero no dejamos de practicar nuestra religión, de confesar, con falso arrepentimiento, nuestras perversidades, nuestras ignominias, nuestros pecados, para luego, en silencio, practicados de nuevo.

Don Juan jamás volvió a ser representada en vida de Molière.

8 Sangría, lavativa y vomitivo

En escena, los doctores Tomès, Des Fonandrès, Filerin, Macrothin y Bahys. Discuten qué remedio aplicar a la hija de Sganarelle, que está enferma.

La dolencia se debe a un exagerado calentamiento de la sangre, dice Tomès. Aconsejo una sangría, lo más pronto posible.

En mi opinión, dice Des Fonandrès, el problema es la putrefacción de los humores causada por un exceso de... de... una cosa u otra. Debemos darle un vomitivo.

Un vomitivo puede matarla, dice Tomès.

Lo que puede matarla es la sangría, replica Des Fonandrès.

Los médicos discuten. El doctor Macrothin, con voz arrastrada, después de citar a Hipócrates afirma que un vapor fuliginoso y mordicante, que en griego es llamado atmos, causado por humores pútridos, persistentes y conglutinosos, concentrados en el bajo vientre, está inflamando la membrana cerebral.

Esos humores fueron engendrados hace largo tiempo, y se inflamaron con tal malignidad que los vapores alcanzaron la región del cerebro, dice el doctor Bahys.

Para resolver el problema son sugeridas varias medicaciones, sangría, vomitivo, inyecciones, pero los médicos no llegan a ningún acuerdo hasta que Pilerin interviene.

¿No os avergüenza, señores, dice Pilerin, mostrar tan poca prudencia a vuestra edad, peleando como chicos insensatos? ¿No veis cuán mal nos hacen quedar esas querellas a los ojos de la sociedad? ¿No basta con que los eruditos perciban las contradicciones y las divergencias que existen entre nuestros autores y nuestros antiguos maestros, para además revelar al pueblo, gracias a nuestras discusiones y riñas, la charlatanería de nuestro arte? En lo que a mí se refiere, no comprendo la política perversa de algunos de nosotros; es preciso confesar que todas estas polémicas vienen desde hace un tiempo mermando nuestra cotización, y que si nos descuidamos nos enfrentaremos a la ruina. No hablo por interés, porque, gracias a Dios, ya puse en orden mis negocios. Haya viento, lluvia, granizo, los muertos muertos están y tengo cómo pasar la vida sin los vivos; pero, al fin de cuentas, todas esas disputas en nada ayudan a la medicina. Ya que el cielo nos hizo la gracia, desde hace tantos siglos, de que las personas se sientan fascinadas por nosotros, no las desilusionemos con nuestras maniobras delirantes, y aprovechemos bien y discretamente su ingenuidad. No somos los únicos, como sabéis, en explotar las flaquezas humanas. Tal es el empeño de la mayoría de las personas, y cada uno aborda a los hombres por su lado débil, para conseguir algún lucro. Los lisonjeadores, por ejemplo, buscan sacar partido del amor que los hombres sienten por las alabanzas, y les dan todo el incienso que desean; es un arte con el cual se adquieren, bien lo sabemos, fortunas considerables. Los alquimistas se valen de la general pasión por las riquezas, prometiendo montañas de oro a quienes los escuchan; y los intérpretes de horóscopos, con sus previsiones engañosas, explotan la vanidad y la ambición de los espíritus crédulos. Pero la mayor debilidad humana es el amor que se tiene por la vida; y de él sacamos nosotros provecho, con nuestra verborrea pomposa, y sabemos obtener ventajas de esa veneración que el miedo a morir brinda a nuestro oficio. Conservémonos, pues, en el grado de estima en que la flaqueza humana nos ha puesto, y seamos unánimes al atribuirnos el resultado feliz de las curaciones, y a lanzar sobre la naturaleza todos los errores groseros.

No podemos destruir sin motivo esa persistente ilusión que por fortuna nos regala a todos nosotros el pan de cada día y nos permite, con el dinero de aquéllos que enterramos, amasar una bella herencia... para nosotros mismos.

Ese día, no tan distante, estaba yo en Versalles asistiendo al estreno de la comedia ballet *El amor médico*, de Molière, cuya compañía se llamaba ahora la Troupe du Roi. La comedia había sido sugerida por el propio rey, que se hallaba presente. Molière escribió y montó la pieza en cinco días.

El amor médico, una sátira a la medicina y a sus practicantes, tema del agrado de muchos autores, desarrollaba una situación más o menos trivial, ya usada antes por Molière. Una joven, para librarse del pretendiente indicado por su padre, se finge enferma. Cinco médicos charlatanes son llamados a consulta. Sin duda retrataban, como todo el mundo terminó por advertir, a los doctores más conocidos de Francia: Des Fougerais, el más célebre de París; D'Aquin, médico del rey; Esprit, médico de Monsieur, e Yvelin, médico de Madame (por entonces, Henriette-Anne d'Angleterre). Pero muchos otros notables, unos más, unos menos, fueron señalados como modelos de los médicos de *El amor médico*, y todos se sintieron aludidos por la mención implícita a la falta de escrúpulos y a la incompetencia.

Estos importantes señores se sintieron hondamente ofendidos por esa nueva diatriba de Molière. Sabemos que el odio es un sentimiento duradero. Las personas muy vengativas son asimismo muy pacientes. El asesino de Molière bien podría haber sido capaz de perseverar en el odio, de esperar años para consumir su venganza. ¿Por qué no un médico? Son éstos responsables de tantas muertes que una más no pesaría en sus conciencias.

Pocos días después de la muerte de Molière fui a hablar con el doctor Jean-Armand de Mauvillan. Le pedí que me dijera cuál había sido la causa real de la muerte de mi amigo, pues la explicación del rompimiento de la vena no me convencía.

Mauvillan pareció súbitamente dominado por el espíritu del doctor Macroton, y se extendió en una palabrería confusa para esconder su ignorancia. No sabía explicar por qué no se había hecho una autopsia a Molière.

Otras personas con muertes menos sospechosas, dije, fueron sometidas a autopsias, y así pudieron descubrirse muchos casos de envenenamiento. Molière tenía mala salud, pero no sufría ninguna enfermedad grave; ésta fue una mentira que se tornó verdad de tanto ser repetida. Por eso no se pidió su autopsia. Para satisfacción del asesino, esa falsedad se difunde cada vez más. Era un hombre enfermo, dijo Mauvillan.

Cuando en cierta ocasión dejó de trabajar por tres meses, fue a causa de una crisis de melancolía. ¿La melancolía y la ansiedad hacen escupir sangre? pregunté.

¿Recuerda usted la postración en que se sumió cuando Racine entregó su *Alexandre* a la troupe del teatro de Bourgoigne? respondió Mauvillan.

Pero el sufrimiento de Molière era explicable, dije; nadie más iría a ver a un *Alexandre* representado por La Grange si al mismo tiempo, en otro teatro, Floridor hacía el papel. No había actor dramático que pudiera rivalizar con Floridor, por lo demás dado a un estilo pomposo, declamatorio, enfático. Confieso que si yo fuera un escritor de tra-

gedias no lo elegiría a él. Pero el público esperaba que las tragedias fueran representadas a la manera de Floridor.

Está usted divagando, dijo Mauvillan.

Fue por lo tanto una traición de Racine, continué, que no estaba dispuesto a entregar nuevas obras suyas a la troupe de Molière. Pero fue peor cuando la Du Parc lo abandonó para trabajar en la compañía del teatro de Bourgogne, y se hizo amante de Racine. Eso le produjo una gran melancolía, mas no escupió sangre, doctor.

No importa la razón, pero él rezumaba odio, dijo Mauvillan.

Había sido traicionado, perseguido. No me sorprendería que también lo hayan envenenado, proseguí, buscando el modo de convencer a Mauvillan. En el prefacio que escribí para la edición de *Tartufo*, añadí, Molière afirma que los nobles, las mujeres pretenciosas, los cornudos, los médicos, se habían resignado a sus críticas, pero que los hipócritas, los falsos beatos y el clero, al verse retratados en *Tartufo*, reaccionaron, demostrando su enorme influencia. Mas yo le advertí que la nobleza y la corporación médica también estaban resentidas.

No sé a dónde quiere usted llegar. Con su permiso, me espera una importante sangría, dijo Mauvillan, antes de retirarse malhumorado.

Mauvillan estaba nervioso. A pesar de sus sabidas discrepancias con los médicos anticuados retratados por Molière, y de haberse mostrado siempre solícito con mi amigo, el doctor Mauvillan era uno de los sospechosos de haber envenenado al comediante.

El tiempo fue pasando. Debo confesar que nada realmente útil había hecho para el descubrimiento del crimen. Ya dije, al comienzo de estas reminiscencias, que mi galería de sospechosos incluía una preciosa ridícula, un religioso (beato o sacerdote, de preferencia jesuita), un médico e incluso un actor. A lo largo de mi vida he comprobado lo que pueden hacer el odio y el rencor. Molière era odiado. Pero, a pesar de estar seguro de que había sido envenenado, no lograba descubrir, entre tantos posibles culpables, al autor del asesinato. Claro que la tarea no era fácil para alguien que no tenía poderes legales para valerse de los procedimientos usuales de coacción y tortura utilizados en tales casos.

Escribí en un papel una lista de mis principales sospechosos:

Primero: el doctor Mauvillan, médico de Molière.

Segundo: Armande. Esa idea me causó profundo disgusto.

Tercero: La Forest, la cocinera.

Cuarto: Baron, el actor.

Quinto: el abate Roullé.

Sexto: el señor Couthon, vecino de Molière.

Descarté pronto a La Forest. La cocinera amaba a Molière, a pesar de que éste tratara a veces a sus empleados con cierta rudeza, gracias a las peculiaridades de su carácter. No obstante, para ella él era como un dios. Recordé el desespero y la tristeza de La Forest cuando el patrón murió. ¿Por qué querría matar al comediante, que le leía sus piezas, y siendo quizá ella la única persona de la casa a quien Molière trataba casi siempre bien?

A Mauvillan le agradaba Molière, pero en alguna ocasión le oí repetir la eterna lección de los envidiosos, siempre listos a asegurar que las piezas de Molière, leídas sin el acompañamiento de las muecas, gestos, visajes y pantomimas de los actores, no tenían ninguna gracia; lo cual, según Mauvillan, delataba una cierta pobreza de espíritu del autor. ¿Podía Mauvillan gustar del hombre y despreciar así al artista? ¿O era él, como la mayoría de las personas, incapaz de leer correctamente, tal vez por haber hecho sus estudios en la Sorbona, que es, como dice Chapelle, un bastión del atraso?

Armande debía ser inocente, tenía mucho que perder y nada que ganar con la muerte del marido. Era consciente de ser una actriz mediocre, y de que la orientación de su esposo le servía de gran ayuda. Molière le dejaba hacer lo que quisiera. No, Armande era muy interesada, y las personas interesadas no cometen desatinos capaces de perjudicadas. El generoso estipendio que el rey daba a Molière no le sería transferido. Sin el gran comediante, la Troupe du Roi recibiría un patrocinio menor de Su Majestad. La renta de los espectáculos disminuiría mucho, cosa que además se había demostrado con las representaciones que la compañía, bajo la dirección de Armande, había hecho después del trágico fallecimiento. No habría ya esa brillante renovación de repertorio, exclusiva de la compañía. En sus cuatro últimos años de vida Molière escribió siete obras: *Monsieur de Pourceaugnac*, *Los magníficos amantes*, *El burgués gentilhomme*, *Las artimañas*

de *Escapino*, *La condesa de Escarbagnas*, *Las sabihondas* y *El enfermo imaginario*, sin contar *Psiqué*, escrita en colaboración con Corneille y Quinault (tal capacidad de trabajo contradice el aserto de que, en los años anteriores a su asesinato, Molière estaba muy enfermo; y no incluí en la relación de las obras que su genio produjo en ese período, los trescientos sesenta y seis versos del poema *La gloria de la cúpula de Val-de-Grâce*).

Borré a Armande de la lista de los sospechosos. Pero luego me asaltaron dudas. Al sentir que yo la abandonaba, ella había dicho: "¿Después de todo lo que hice por ti?". ¿Hacer qué? ¿Matar al marido? ¿O una frase así sería apenas la reacción normal de una mujer abandonada, que espera recompensas después de todo lo que hizo por el amante, cuando en verdad lo que hizo fue compartir tibiamente los deseos del hombre? Molière había rehusado beber el caldo servido por Baron, aduciendo que los caldos de su mujer eran detestables. ¿Pero eso significaba que sabían a veneno? Todos sabíamos que Armande era una pésima cocinera. ¿Podía o no borrada de la lista?

¿Y si el asesino era Baron? Baron trataba a Molière con un cariño filial. Mas, para un actor, es fácil fingir afecto o disimular odio. Baron era rencoroso, y se la pasaba discutiendo con Armando, o fingiendo que lo hacía.

Sí, mi confusión me llevaba incluso a sospechar de Racine. Siempre había visto algo siniestro en sus facciones, aun antes de que nuestra amistad se hubiera enfriado, antes de la muerte por envenenamiento de Marquise-Thérèse, la Du Pare, para muchos obra de Racine, que sentía celos de la antigua amante de Molière. Y estaba el señor Couthon, el vecino del comediante en la calle Richelieu. A Molière no le agradaba, sabía que Couthon hacía parte de la Compañía del Santo Sacramento, y por eso no lo recibía en su casa. ¿De qué medios habría podido valerse Couthon para envenenarlo?

Finalmente, Armande aceptó nuestra separación. Flirteaba con un actor oscuro, Guérin d'Estriché, con quien se casaría más tarde. Durante todo ese tiempo, no dejé de pensar en mi amigo. Y no era sólo el recuerdo de su muerte lo que me consumía. Había otras muertes, también por veneno, y sobre éstas flotaba el espectro de una mujer misteriosa que casi logró destruirme.

Me decía a mí mismo que la vida es más importante que la muerte, que necesitaba olvidar mis angustias. ¿Y qué mejor lugar para hacerlo que la agitación fútil de los salones?

Estreché lazos de amistad con otra marquesa, totalmente distinta a mi marquesa misteriosa: Marie de Rabutin-Chantal, madame de Sévigné. Nuestro mutuo interés se había iniciado en aquel encuentro en el salón de la duquesa de Montpensier, la Gran Mademoiselle, luego de la *première* de *Las preciosas ridículas*, que mencioné anteriormente. La Sévigné era bonita, mordaz e inteligente, pero le faltaba compasión. Marie, así le decía yo, era de buena familia, de la casa Rabutin de Bourgogne. El marido, el marqués Henri de Sévigné, con quien se casó a los dieciocho años -cuando ya Marie era conocida por su belleza-, se interesaba por otro tipo de mujeres. Era un casamiento que no podía resultar. Marie me dijo que amaba a su esposo sin estimarlo, mientras él la estimaba sin amarla.

Después de algún tiempo de casados, Henri se enamoró de madame Gondran. La conocí, era bonita, pero no tanto como Marie. Creo que a Henri le atrajo su lubricidad. El hidalgo De Guise también se interesó por la Gondran. Cierro de una vez esta intriga:

Henri de Sévigné, a causa de madame Gondran, se batió en duelo con De Guise y salió muerto del lance.

Marie era una viuda perfecta para cualquier amante, pues no quería casarse, al contrario de todas las demás. Tenía muchos pretendientes, pero a ninguno entregaba su corazón. Pasaba buena parte del día escribiendo cartas, para la hija, para amigos, incluso para simples conocidos. Recordé lo que Racine me había dicho: Quien no sabe escribir textos serios, escribe cartas. Se engañaba. Algunas de las cartas que Marie me mostró, antes de enviarlas a sus destinatarios, estaban muy bien escritas, con un agudo sentido de observación, aunque, a mi parecer, no les habría venido mal un poco de generosidad con aquellos que retrataba. Tal vez era algo redundante, y abordaba además toda clase de asuntos: en una carta discutía a Descartes, en otra se extendía en chismorreos; en una hablaba de sistemas gramaticales, en otra de un amigo nefrítico. Hicimos un acuerdo: no nos escribiríamos cartas el uno al otro. La verdad es que yo odiaba escribir cartas, así fueran de amor, que son las únicas agradables de redactar. Pero Marie escribía misivas sobre todo lo que veía a su alrededor, todo lo que oía, incluso rumores, y también sobre temas surgidos de su imaginación. Sabía todas las murmuraciones de la corte, no sólo gracias a los nobles con quienes se carteaba, sino también a los variados contactos personales que hacía en los salones.

La compañía de la Sévigné, no obstante, dejó gradualmente de entusiasmarme. Al contrario de lo que sucedía con mis otras amantes, aquella señora mesurada e inteligente me llenaba de tedio. Ahora entendía por qué el marqués de Sévigné se había enamorado de madame Gondran hasta el punto de morir por ella.

Marie conocía mi historia con Henriette, pero nada sabía de mi relación con Armande. Por suerte, pues si mi aventura con la cuñada del rey me daba cierto lustre, los nexos con una artista de comedia podrían dar margen a comentarios desobligantes.

El fantasma que ensombrecía mis pensamientos y que había logrado esconder en el fondo de mi mente regresó un día. Una noche, cuando estábamos cenando, la Sévigné me dijo, sin dar mucha importancia al asunto:

Supe que la marquesa de Brinvilliers fue detenida en Liège; ya llegó a París y está en manos de La Reynie. Creo que esa mujer va a pagar por fin el crimen de haber asesinado a su propio padre y a dos hermanos.

Advirtiéndome mi súbita palidez, Marie me preguntó si me sentía mal.

No es nada, algo pasajero, alcancé a responder.

Marie me obligó a recostarme en un sofá. Cerré los ojos, no quería hablar con ella. En aquel momento no habría podido hablar con nadie. Sentía una punzada en el corazón, al pensar en Marie-Madeleine presa, en mi posible implicación en esos envenenamientos. Venenos, venenos, su malignidad henchía mi sangre. A la primera oportunidad, alegando que estaba mejor, me marché a casa.

10 Algunas palabras sobre un amor alucinado

Mi maestro Michel de Montaigne aconseja huir de la voluptuosidad, así ello nos cueste la vida, pero yo siempre me entregué ciegamente a los placeres lascivos.

Conocí a Marie- Madeleine d'Aubray, la marquesa de Brinvilliers, por intermedio de su marido, Antoine Gobelin de Villiers, un noble de buena familia, comandante del regimiento de Normandía. Era hija de Antoine Dreux d'Aubray, consejero de Estado, quien ocupaba el cargo que pasó luego a ser responsabilidad de La Reynie. La vida está en verdad llena de coincidencias.

Me encantaron al principio su talle pequeño y perfecto, la blancura de su piel, que contrastaba con los largos y espesos cabellos, los ojos muy azules. Después, me deslumbró la gracia instintiva con que hacía el amor conmigo. Armande -durante algún tiempo alterné entre las dos mis encuentros amorosos- era una actriz, y las actrices jamás logran dejar de representar, incluso en esos momentos. Y de otras amantes que tuve, evocando apenas las más notables, una no se entregaba nunca, como si estuviera anotando mentalmente lo que sucedía en la cama, aunque aquello no le proporcionara motivo para ninguna de sus cartas; otra no lograba deponer el peso de su alcornia. Ninguna tenía la crepitante voracidad de Marie-Madeleine. Cuando advertí que su candor era un disfraz de su lujuria saqué provecho de ello, como un descontrolado libertino. Habiendo podido y debido descubrir y atenuar su perversidad, su falta de remordimientos ante los horrendos crímenes que cometía, me rehusé a ver la verdad y seguí entregándome a noches de alucinante gozo. La amaba locamente, habría cometido por ella cualquier desatino, habría sido incluso capaz de desposarla, y sufrí mucho cuando, acusada de haber causado la muerte de su padre y de dos hermanos, huyó a Inglaterra. Quise acompañarla, pero ella no lo permitió. Puedo ahora revelar que el miedo en que vivía, el de verme implicado de alguna manera en el caso Brinvilliers, fue el principal motivo para dejar morir a mi amigo Molière sin socorro médico. No podía despertar sospechas que vincularan mi nombre a muertes por envenenamiento. De haber sido juzgado cómplice de Marie-Madeleine no habría podido escapar a una sentencia de muerte.

Cuando Molière murió, al responsable de la administración policial francesa le incumbían también todas las materias de naturaleza civil y asuntos de familia, excluidos por supuesto los de los príncipes de sangre. Tres o cuatro años después, el rey creó la Jefatura General de Policía, agregando a sus antiguas atribuciones la salud pública, la mendicidad, los hoteles, tabernas y locales de mala fama, la reglamentación mercantil, los pesos y medidas de mercaderías y la impresión y distribución de escritos clandestinos. La Reynie, magistrado de una familia de magistrados, sustituyó al señor Dreux d'Aubray, que había fallecido. Lo que nadie sabía aún es que había sido asesinado por su hija, la marquesa de Brinvilliers.

Yo conocía bien a Nicolas-Gabriel de la Reynie, el jefe de policía de París. Éramos amigos. Pero, últimamente, lo evitaba por todos los medios a mi alcance. Ya había transcurrido algún tiempo desde su nombramiento cuando me decidí a buscarlo. La captura de Marie-Madeleine podía tener para mí resultados funestos. Necesitaba aclarar la situación, librarme de la aflicción que me consumía. Solicité una entrevista a La Reynie.

Me recibió en el Châtelet. Lamentó que nos viéramos tan poco. Era un hombre honesto, de carácter, y ciertamente no olvidaba que yo lo había ayudado en los malos momentos que pasara durante la Fronda, cuando debió huir de su casa saqueada para salvar su vida. En aquella ocasión, intercedí para que le otorgaran una plaza de magistrado.

Al comienzo de nuestra charla La Reynie no mencionó a la marquesa. Habló de su trabajo. Lo oí, dominando mi impaciencia. Tarde o temprano acabaría por llegar al asunto que me mortificaba.

Con ocasión de mi nombramiento, dijo, Su Majestad me hizo tres recomendaciones básicas: limpieza, iluminación, seguridad. Limpié de inmundicias las calles y las plazas, la ciudad se había convertido en una cloaca. El comercio está siendo fiscalizado. Para estorbar la acción de los criminales, mandé instalar linternas en las calles, a corta distancia las unas de las otras, y agentes de la policía, a pie o a caballo, patrullan la ciudad durante la noche. Los mendigos reciben ayuda, pero no tenemos contemplaciones con criminales y corruptos.

Era curioso escuchar palabras tan duras en la boca de un hombre que amaba las letras, un bibliófilo que coleccionaba manuscritos griegos y latinos. Sabedor de mi amistad con Molière, varias veces me había preguntado dónde podía conseguir los originales de sus piezas, pues también quería coleccionarlos. Pero aquel hombre culto, de modales elegantes, aplicaba una extrema dureza al desempeño de sus funciones públicas. Yo aguardaba, ansioso, el momento en que hablaría de la prisión de la Brinvilliers.

La Reynie era, además, un hombre inteligente. Esperaba que yo hiciera mi movimiento, como si estuviéramos en un juego de ajedrez. Terminé doblegándome ante su paciencia.

¿Cómo marcha el proceso de la marquesa de Brinvilliers?, pregunté al fin, fingiendo naturalidad.

Por algunos instantes La Reynie permaneció pensativo, inquietándose con su silencio. Después prosiguió, sin responderme:

Estamos investigando otros crímenes similares, un número enorme de envenenamientos que se están cometiendo en París. El que me alertó acerca de ello fue un padre de Notre-Dame, quien me contó que innumerables personas habían confesado haber utilizado veneno para cometer asesinatos. Por supuesto, no me reveló los nombres.

Un sacerdote debe guardar el secreto de la confesión, dije.

Supimos entonces que, durante una cena, una mujer en estado de ebriedad se había jactado de estar haciendo una fortuna con la venta de venenos a clientes importantes. Uno de nuestros hombres fue a la casa de esa mujer y compró venenos de varios tipos. Ésa fue la prueba que necesitábamos para detener a una cierta madame Brosse, y a otra que se hallaba también en aquella cena, madame Vigoureux. Las dos están ahora en la prisión de Vincennes. Al ser interrogadas, comenzaron diciendo que eran simples practicantes de quiromancia, y que leían las cartas para adivinar el futuro de clientes ingenuos. Después reconocieron que realizaban abortos y celebraban misas negras. Finalmente confesaron que vendían venenos letales. Ésa es la parte que más me interesa. Los venenos. Apenas si tengo en mi mano, bien lo sé, un corto hilo de un enorme ovillo.

Quise decirle que también estaba interesado en los venenos, pero callé. Tarde o temprano, él respondería a mi pregunta.

La Reynie hizo una pausa, mirándome atentamente. Yo había olvidado esa mirada que antes, en su juventud, me impresionaba tanto, una mirada calculadora y profunda, como si él quisiera saber no sólo lo que pasaba en mi cuerpo, sino también lo que sucedía en mi mente. Pero, además de perspicacia, había tristeza en su mirada.

Por favor, le pedí, hágame de la marquesa de Brinvilliers.

Se levantó de su silla y caminó por la estancia, deteniéndose al fin frente a mí.

Seré franco. Sabíamos que eras uno de los amantes de la marquesa, pero no estábamos seguros de si estabas envuelto directa o indirectamente en los crímenes. El principal cómplice, el capitán Sainte-Croix, había muerto ya cuando el asunto se descubrió, y La Chaussée, el lacayo encargado de suministrar el veneno que causó la muerte de los hermanos de la marquesa, al prestar interrogatorios ordinarios y extraordinarios, no mencionó tu nombre.

No sé quién es ese sujeto, nunca lo vi.

También él afirmó eso acerca de ti. La marquesa está detenida en la Conciergerie. La sometimos a iguales interrogatorios, y ella te exoneró. Dijo que eras un ingenuo, que la tratabas como a una diosa, y que desconocías por completo cuanto estaba sucediendo.

Yo lo escuchaba en silencio, cabizbajo, infeliz.

Advertí que ella decía la verdad. Decidí suprimir tu nombre de todos los registros.

Las palabras de La Reynie significaban que mi honra y mi vida estaban a salvo. Pero eso no alivió el fardo que sentía en el corazón.

Nicolas, durante estos años he vivido presa del temor, temiendo a cada instante que mi nombre se viera involucrado en el proceso. Mi padre se habría muerto del disgusto. Te doy mis agradecimientos.

Descubrimos toda la trama por azar, dijo La Reynie. Sainte-Croix, un oficial de caballería que servía en el regimiento de Tracy, era amante de la marquesa. Ésta sentía una gran atracción por los oficiales de caballería, pues otro de sus amantes fue el mar-

qués de Nadaillac, capitán de la caballería ligera, que además era primo del marido de la marquesa. Tú fuiste capitán de caballería cuando la guerra, ¿verdad?

No respondí. Aquello me sonó como un gracejo cruel. Quise marcharme, pero no podía; morbosamente, quería oír más.

Sainte-Croix extorsionaba a la marquesa. El padre de ella lo sabía, y logró hacerlo aprisionar por algún tiempo en la Bastilla. Allí, Sainte-Croix conoció al italiano Eggidi, conocido como "el gran artista de los venenos", quien le enseñó ese siniestro arte. Al salir de la prisión, Sainte-Croix convenció fácilmente a la marquesa de que matara a su propio padre; ella lo odiaba porque él censuraba sin descanso sus costumbres, y su muerte anticiparía el disfrute de su herencia. Antoine Dreux d'Aubray fue envenenado gradualmente por la hija, y a su muerte nadie sospechó del crimen. Después, con la ayuda del lacayo La Chaussée, mató a sus dos hermanos. Al ser interrogada, la marquesa dijo que su iniciación sexual, a los siete años, había corrido por cuenta de sus hermanos, que ella, no obstante, los amaba, y que el motivo para asesinarlos había sido sólo financiero. ¿Puedo seguir?

Hice un gesto afirmativo con la cabeza, aunque su relato me horrorizaba.

Siempre fue fácil conseguir venenos en esta ciudad, prosiguió La Reynie. El farmacéuta suizo Christophe Glaser daba lecciones públicas sobre manipulación de sustancias químicas; Sainte-Croix le compró los productos necesarios para la confección de los venenos que regaló a la marquesa.

La Reynie calló por unos instantes. Advertí cierta compasión en su mirada.

Pareces cansado; en otra ocasión te narraré detalles de ese caso tan lleno de peripecias, como el episodio en que Sainte-Croix salva con antídotos la vida del marido de la marquesa, para que ésta, al enviudar, no lo forzara a casarse con ella. Acaso temía ser envenenado. Los planes siniestros de la pareja llegan a ser de una increíble audacia. Sólo te referiré algunos de sus crímenes. Si lo deseas, podrás consultar los volúmenes del proceso.

No, no quiero.

Tal vez sepas que esos delitos nefandos jamás habrían sido descubiertos sin la ayuda del azar. Sainte-Croix murió y, como tenía deudas, se estableció una situación jurídica referente a la disponibilidad de sus bienes. Los funcionarios a cargo encontraron en la casa de Sainte-Croix una caja cerrada, con una nota diciendo que la entregaran a la marquesa. Sólo que ellos no hicieron tal cosa. La caja fue abierta. Contenía frascos de venenos y documentos comprometedores. Para resumir una larga historia: como La Chaussée, también la marquesa fue condenada a muerte. Sometida a los interrogatorios ordinarios y extraordinarios, se mostró arrepentida y confesó los asesinatos. Pero no solamente te exoneró a ti, sino a otros involucrados. Es una mujer resentida y capaz de las ignominias más abyectas, pero, debo admitirlo, es valerosa, y tiene una noción extraña del honor.

¿Qué venenos se usaron?, pregunté.

Arsénico, vitriolo y veneno de sapo. También se hallaron otras sustancias letales en la caja de Sainte-Croix, de gran potencia, que no han sido identificadas.

Ya nada me implicaba en los crímenes de Marie-Madeleine, mas salí devastado de la entrevista, repasando cuanto La Reynie me había dicho, en especial su descripción de las torturas sufridas por la mujer a la que tanto había amado.

Como me dijo La Reynie, Marie-Madeleine fue sometida al interrogatorio "extraordinario", nombre que designa varios métodos de tortura. Entre ellos, el peor es el suplicio del agua, que no causa heridas visibles en el cuerpo, sino dolores tan terribles como incesantes, pues la víctima no pierde el sentido. Marie-Madeleine fue atada a una tarima; después, por medio de un embudo preso entre sus dientes, introdujeron en su estómago enormes cantidades de agua. El agua, acumulándose rápidamente en el interior del cuerpo, le causó horribles sufrimientos. En los intervalos de los suplicios, Marie-Madeleine era llevada a una cama, para que descansara y cobrara nuevas fuerzas, a fin de que pudiera soportar los nuevos embates de la tortura.

12 Breve nota sobre la ejecución de Marie-Madeleine

Un mensajero llevó a mi mansión una carta de madame de Sévigné, en la que ésta me preguntaba si deseaba asistir con ella a la retractación pública de la marquesa de Brinvilliers, frente a Notre-Dame, y después a su decapitación en la plaza de Greve. Inventé una disculpa para no asistir. No creo que la Sévigné, de haber sabido mi relación con la condenada, me hubiera hecho aquella propuesta; habría sido algo muy cruel y burdo. Pero nunca más volví a visitarla.

No sé qué me hizo salir de casa para asistir a los últimos momentos de Marie-Madeleine. No había tenido el valor de asistir a la ejecución de su cómplice La Chaussée y, abandonando París, había buscado refugio en el castillo de mi padre; ¿qué me llevaba entonces a presenciar la ejecución de la mujer que más amé en mi vida? ¿Verla purificarse de sus pecados gracias al arrepentimiento y a la muerte? ¿Qué fuerza inhumana me prestaba aquel valor? Hasta hoy no lo sé explicar, y sufro por eso, como sufro al pensar cuán cobarde fui al abandonar a Molière mientras agonizaba.

Una multitud colmaba las calles de París adyacentes a los locales de la ceremonia siniestra. Todos sabían que iban a asistir a un espectáculo más conmovedor que cualquier tragedia de Racine.

A las cinco de la tarde Marie-Madeleine llegó a la catedral de Notre-Dame envuelta en el traje de los condenados, con una cuerda al cuello y una antorcha encendida en la mano. Algunas personas vociferaban maldiciones. Pero cuando ella se arrodilló y, de forma audible, como mandaba la sentencia, se retractó de sus culpas y confesó sus crímenes, sus torpes motivos, y pidió perdón a Dios, al rey y a la justicia, el silencio frente a la catedral era absoluto. El dolor de mi corazón creció más aún cuando sentí las lágrimas que mojaban mi rostro. No recordaba haber llorado nunca.

Acompañada por una multitud, Marie-Madeleine fue conducida en el vehículo infamante hasta la plaza de Greve, donde se erguía el cadalso. Las ventanas de las casas que rodeaban la plaza estaban atestadas de espectadores.

Eran las seis cuando subió al patíbulo, sin ayuda, con el semblante resignado y tranquilo. Toda su belleza y frescura se habían desvanecido, sus ojos lucían cenicientos, su rostro pálido y macerado. Se oyeron algunos gritos y vituperios, pocos, que sin embargo resonaron con fuerza, porque el grueso de la multitud contemplaba transido de espanto el ritual de la ejecución. El verdugo tronchó su cabeza de un solo golpe.

Después, el cuerpo de Marie-Madeleine fue quemado, y sus cenizas lanzadas al viento. Muchos de los que estaban próximos al sitio de la ejecución dijeron que, en el momento en que el cuerpo de Marie-Madeleine ardía, un halo luminoso surgió a su alrededor, lo que los llevó a propagar que Marie-Madeleine era una santa. Restos de huesos calcinados fueron recogidos por las gentes, como amuletos.

Siempre creí que las crisis de melancolía de Molière, que ocurrían cuando enfrentaba ciertas vicisitudes, no sólo indicaban deficiencia de humores, como aseguraban los médicos, sino también debilidad de carácter. Ese rendirse a la adversidad y al sufrimiento me parecía una particularidad femenina: un hombre abatido no puede entregarse a las lágrimas por peores que sean los reveses que enfrenta.

Después de haber llorado durante la ejecución de Marie-Madeleine y de haberme hundido en una tristeza infinita, constaté que ningún hombre, no importa el motivo, está libre de sentir un día asolada su alma por una angustia que torna insoportable su existencia. Me entregué pues al sufrimiento.

Viajé al castillo de mi padre, donde podía padecer en paz, lejos de los ojos de amigos y enemigos. Una vez instalado me encerré en mi cuarto, de donde no salía ni siquiera para alimentarme. En la caballeriza del castillo había algunos de los mejores caballos de Francia, pues mi padre, como yo, gustaba de cabalgar, lo que hacía diariamente por los extensos campos de su propiedad, a pesar de sus achaques y de su edad avanzada. Pero yo, que amaba acariciar el lomo de un hermoso caballo casi tanto como la espalda de una bella mujer, no quería ni acercarme a aquellos animales espléndidos.

La amplia biblioteca de mi padre contenía todos mis autores favoritos. Pero ni siquiera entré en aquel lugar que para mí era un santuario. Ni aun para tomar un volumen de Michel de Montaigne, cuyos *Ensayos* tanto admiraba.

Permanecía tirado en la cama, sintiéndome infeliz, llorando con pena de mí mismo, y llorar era una especie de lenitivo para mi alma. Asumía todas las culpas. Era culpable de que Armande se hubiera degradado a sí misma, casándose con un actor mediocre; culpable de no haber ayudado a Marie-Madeleine a librarse de la maldad que la pervertía; culpable de haber tratado con hipócrita condescendencia a mujeres que en verdad despreciaba; culpable de haber dejado a Molière morir abandonado. Yo mismo pensé en morir. Recordé un pensamiento de Montaigne, según el cual la muerte voluntaria es la más bella; la vida depende del deseo de otro, la muerte, del nuestro.

Hasta que un día -no sé cuánto tiempo duró mi angustia- entré en la biblioteca de mi padre y tomé del estante los ensayos de Michel de Montaigne. Abrí una página al azar y leí una frase en donde se afirmaba que era una señal de flaqueza, y no de virtud, tenderse bajo el túmulo para escapar a los golpes del destino. Advertí, mientras releía su libro, que el gran pensador era contradictorio, no estaba libre de dudas, ni era inmune al sufrimiento; y más: tenía prejuicios, era injusto en sus apreciaciones, cargaba flaquezas e imperfecciones, pero sabía que eso no lo hacía menos humano y digno. No sé decir qué enseñanzas saqué de la lectura. Lo cierto es que, fuera cual fuera el motivo de mi transformación, un día fui a una de las cuadras, ensillé un alazán, y con él recorrí las tierras de mi padre. Y, al regreso de la cabalgata, comí con un apetito que hacía mucho tiempo no tenía.

Pocos días después regresaba a París. Mi objetivo era descubrir quién, al fin de cuentas, había envenenado a Molière.

Jamás podría desempeñar un oficio como el de La Reynie, pues me falta la capacidad de establecer los nexos más simples entre datos disponibles para la solución de un enigma.

En cierta ocasión, tras la muerte de Molière, preocupado con la difícil situación que vivía con Armande, comentaba yo al poeta Chapelle el drama de los hombres de alma delicada, que no saben cómo librarse del amor de una mujer. Irónicamente, el poeta me aseguró que sabía de personas que vendían filtros de amor capaces de despertar en aquel que los tomaba una honda pasión por quien se los había dado a beber, pero no creía en la existencia de un filtro que causara el efecto contrario. Chapelle me habló entonces de Catherine Deshayes, madame Monvoisin, también conocida como madame Voisin; en su casa, siempre llena de personas que iban en busca de esos filtros, se celebraban misas negras. Yo había oído hablar de esa hechicera, pero no quise interrumpir a Chapelle. Éste agregó que la Voisin suministraba venenos infalibles, y que corría el rumor de que la muerte de la Du Parc, la actriz conocida como Marquise-Thérèse, que Racine había robado a Molière, había sido causada por un veneno ofrecido al dramaturgo por madame Voisin, para no mencionar otros rumores, según los cuales personas importantes de la nobleza habrían usado el recurso del veneno para librarse de parientes o amantes indeseables. Y terminó nuestra charla diciendo: Sabes, no todas las muertes deben ser atribuidas sólo a la ineptitud de los médicos, como afirmaba nuestro inolvidable amigo.

Descarté esas informaciones, en especial aquella referente a Racine; me había enemistado con él, y ni aun a los enemigos debemos juzgar con base en rumores difamatorios.

Conocía a madame Voisin, y sabía, como todo el mundo, que suministraba filtros de amor y venenos. De dar crédito a mis informaciones, la propia madame de Montespan, antes de convertirse en la favorita del rey, siendo aún dama de honor de mi amiga Henriette, había comprado a la Voisin un filtro de amor para dárselo a beber al rey.

Así pues, fui a buscarla a su villa de Saint-Denis. La Voisin me recibió de inmediato, y me dio una máscara que no quise ponerme. Era una mujer gorda, de aire pacato y bovino. Parecía incapaz de cualquier maldad. La villa estaba llena de gente. Mujeres que querían abortar, o pedir filtros de amor, o comprar un veneno para matar al marido o al amante, o solicitar alguna hechicería, se escondían por los rincones, el rostro cubierto por velos o máscaras para no ser reconocidas, antes de ser llevadas a otra sala. También había hombres, embozados o enmascarados, que habían acudido a pedir ayuda a la hechicera. Advertí que algunos me miraban a través de las máscaras; tal vez me reconocían, o querían identificarme, ya que gracias a mis ropas se notaba que era un noble. Pregunté a la dueña de casa si había vendido veneno a alguien interesado en matar a Molière; pagaría muy bien por esa información. No lo sé, respondió ella, pero tal vez pueda averiguarlo en un plazo prudencial. Y me preguntó en qué otra cosa podría servirme.

El tiempo pasó, y pensé que debía buscar de nuevo a madame Voisin. Volví a su villa en Saint-Denis, pero la encontré abandonada.

Supe entonces que la Voisin estaba presa, junto con otras personas acusadas de hechicería, envenenamientos y otros crímenes.

Las investigaciones habían revelado que miembros de la nobleza se hallaban involucrados en esos crímenes, y el rey había creado un tribunal especial, llamado Cámara Ardiente, para investigar el asunto. Las declaraciones de los sospechosos se obtenían mediante los interrogatorios habituales. Si se les juzgaba culpables, eran condenados a muerte sin recurso de apelación. Supe, por mis amigos de la corte, de personas importantes envueltas en el caso, intimadas a comparecer ante los jueces de la Cámara Ardiente por haber adquirido veneno o participado en ritos de hechicerías. Muchas de esas personas eran amigas mías, o conocidas, como la duquesa d'Angoulême, la duquesa de Vivonne, la duquesa de Vitry, la condesa de Roure, la vizcondesa de Polignac, el mariscal duque de Luxembourg, la princesa de Tingry, la condesa de Gramont, el conde de Cessac. Todos se defendieron diciendo que nada sabían de las actividades ilícitas de la Voisin. El escándalo asumió enormes proporciones. Constaba que mademoiselle des Oeilletts, dama de honor de madame de Montespan que había tenido un hijo del rey, también estaba involucrada.

Volví a buscar a La Reynie. Temía que no me recibiera, pues debía hallarse en extremo ocupado con los pormenores de aquel asunto. Pero me hizo entrar de inmediato a su gabinete.

Se mostró gentil como siempre, pero noté que tenía prisa y que parecía querer librarse de mí lo más rápidamente posible.

Con la máxima economía de palabras le conté lo que había sucedido el día de la muerte de Molière. Le expuse las torpes razones por las cuales nada había revelado, en su momento, sobre lo que el comediante me había dicho en su agonía.

La Reynie escuchó con gesto impasible. Sin duda se había enterado últimamente de verdades mucho más desagradables.

¿Y qué quieres de mí?

Le dije que le quedaría agradecido por el resto de mi vida si me permitiera visitar a madame Voisin.

Tal vez ella vendió el veneno que mató a Molière, agregué.

Sometida a los interrogatorios de rutina, dijo La Reynie, madame Voisin confesó todos sus crímenes. No mencionó a Molière, ni a nadie relacionado con él.

¿Pero alguien le hizo alguna pregunta que incluyera el nombre de Molière?

Claro que no. Es un nombre que carece de la importancia de los que están envueltos en este escándalo, y cuya muerte ocurrió hace casi seis años.

¿Y qué mal o qué problemas puede causar la charla que quiero tener con la Voisin? Al contrario, acaso podamos descubrir a otro criminal, libre hasta hoy de sospechas.

La Reynie alegó entre otras cosas impedimentos de naturaleza procesal, pero terminó por dejarme ver a la Voisin.

El mismo La Reynie me llevó al calabozo. Sólo él podía autorizar mi visita a la celda de la condenada, que en pocos días sería quemada en la hoguera.

El carcelero abrió la gruesa puerta de la mazmorra. La Reynie le indicó con un gesto que no entrara y cerró la puerta. Hoy sé que quería estar presente para evitar que la Voisin me dijera algo que pudiera comprometer a madame de Montespan.

La celda estaba oscura. Flotaba en el aire un olor ácido y nauseabundo. Tardé en ver, junto a la pared de piedra, un camastro sobre el cual se tendía un cuerpo cubierto por un camisón. Apenas si reconocí a la Voisin. Parecía una muerta viva, pero sus ojos estaban abiertos. Había manchas de sangre en su camisón.

La Reynie se mantuvo a mi lado. Mencioné el propósito de mi visita, pero ella no parecía entenderme. Miraba a La Reynie como si éste fuera una luz tan fuerte como el sol del mediodía. Su boca estaba entreabierta; temí que le hubieran cortado la lengua.

Mirando más detenidamente, noté marcas de hierro en su cuello. La sangre y la pus de las heridas causadas por el hierro habían pegado a su cuerpo partes del camisón. El olor que había sentido en el aire era el de carne quemada.

Le pregunté de nuevo si sabía algo sobre la muerte de Molière. La cautiva me miró a los ojos, y guardó silencio.

Permanecí frente a ella, desanimado, sin saber qué hacer. Me dirigía ya a la puerta cuando oí un sonido gutural. Volví a acercarme al catre, siempre con La Reynie a mi lado. La Voisin meneó levemente la cabeza, como si quisiera decir algo. Me aproximé aún más.

Ella habló con dificultad, lentamente, pero con lógica y claridad. Entendí todas sus palabras. También La Reynie las entendió. El asesinato de Molière estaba aclarado.

Quien había envenenado a Molière había sido La Forest, su criada. No logré disimular mi disgusto. El que la asesina fuera una cocinera destruía la pasión, la grandeza, incluso el horror que aquel crimen debía contener. Un hombre como Molière merecía tener como asesino al propio rey.

Transcurrió algún tiempo antes que La Forest fuera hallada y procesada.

Mientras tanto, el nombre de la antigua favorita del rey, madame de Montespan, aparecía una y otra vez en la investigación realizada por la Cámara Ardiente. Además de participar en misas negras y otras hechicerías, madame de Montespan había comprado venenos a la Voisin, y aquellos pocos que conocían los hechos sospechaban que quería usarlos para asesinar al propio rey, o a su nueva favorita, madame de Scarron, a quien Luis XIV había conferido el título de marquesa de Maintenon.

Cuando quedó establecido que el rey no autorizaría que ciertas piezas del proceso fueran mostradas a los jueces de la Cámara Ardiente, La Reynie, con algún esfuerzo, logró convencer al rey de que el proceso debería suspenderse. Se impediría así que personas culpables fueran declaradas inocentes por falta de pruebas esenciales a la causa, y también que la justicia se viera desacreditada. Sugirió además que, por medio de *lettres de cachet*, el rey ordenara el encarcelamiento por tiempo indefinido de aquellos cuya culpabilidad ya hubiera sido confirmada.

La mayor preocupación de Su Majestad era el escándalo que causarían las acusaciones contra madame de Montespan. Mandó pues expedir *lettres de cachet* con los nombres de todos los que afirmaban tener conocimiento de hechos capaces de involucrar a la Montespan. Tras la disolución de la Cámara Ardiente, muchas personas fueron enviadas a prisión, y allí permanecieron el resto de sus vidas, en estado de incomunicación total, negándoseles aun, bajo pena de azotes, la posibilidad de hablar con los carceleros. El nombre de madame de Montespan, con quien el rey tenía seis hijos legitimados, los hombres dotados de altos títulos nobiliarios, las mujeres casadas con personas de sangre real, deberían permanecer limpios. Ella se recogió en un convento, provista de una generosa pensión.

Ya la Cámara Ardiente no existía cuando La Forest, finalmente capturada, confesó que había envenenado al comediante, proporcionando revelaciones que sorprendieron e intrigaron a sus interrogadores.

Afirmó que el doctor D'Aquin, médico del rey, le había dado una gran suma de dinero para que envenenara a Molière. Ella misma compró a madame Voisin veneno de sapo. D'Aquin era amigo del doctor Leclerc, quien trataba a La Forest de males respiratorios, y Leclerc lo había puesto en contacto con la criada de Molière, aunque sin participar en la trama. Una cosa intrigó a los interrogadores: ¿Por qué el doctor D'Aquin no proporcionó personalmente el veneno? Al fin de cuentas, como médico debía poseer ese tipo de sustancias. ¿Pensaba tal vez que así no se vería involucrado?

Para mayor sorpresa aún, La Forest agregó que el doctor D'Aquin le había dicho que nada debía temer, pues nadie mostraría interés por la muerte de un autor de farsas ordinarias; y que, además de él mismo, los doctores Des Fougerais, Esprit, Yvelin, Vallot y Guénaut, los médicos más célebres e importantes de París, cuya clientela incluía a las más ilustres familias de la nobleza, querían también la muerte de Molière.

Las personas sometidas al método de interrogatorio usado con La Forest perdían toda capacidad de ocultar la verdad. Los médicos eran, sin duda alguna, los culpables del envenenamiento de Molière. Pero, ¿cómo prender y condenar a los doctores más pres-

tante s de París sin aumentar aún más el escándalo que el rey quería ahogar? Y, de cualquier modo, la muerte de un comediante no tenía en verdad demasiada importancia.

Una *lettre de cachet* envió a La Forest a una mazmorra, y jamás se volvió a hablar de ella. Los doctores perdieron prestigio, clientes y los favores de la corte, pero ninguno resultó preso. Como ellos, otros culpables se beneficiaron del secreto absoluto que protegía a madame de Montespan.

Ya no frecuento salones, pero no los cambié por iglesias. No quiero convertirme en uno de esos viejos que, con miedo a la muerte, arrepentidos de lo que hicieron de su vida, por cobardía o indigno cálculo empiezan a visitar iglesias con un rosario en la mano.

También sé ahora qué es importante y qué no lo es. Hay cosas al parecer importantes, pero que nunca, al revés de lo que suele creerse, lo son para siempre.

Aquellos escándalos que conmovieron a París se borrarán un día de las memorias. Sus protagonistas, inocentes o culpables, así como los incidentes ocurridos, serán olvidados o relegados a páginas amarillentas de viejos libros que ya nadie lee. El rey Luis XIV será también olvidado; ¿quién se acuerda hoy de su abuelo?

Mas espero que se recuerde siempre a Molière. Las personas mueren realmente cuando aquellos que las amaban las olvidan. Contemplo con frecuencia el retrato de Molière que tengo en casa, pintado por Mignard. No quiero olvidar a mi amigo. Quiero mantenerlo vivo en mi corazón y en mi mente mientras yo exista. Eso es más importante que vengar su muerte, y además puedo hacerlo.

Sobre el personaje escritor

Jean-Baptiste Poquelin -llamado Molière- nace en 1622, en la parroquia de San Eustaquio, en París, hijo de Marie Cressé y Jean Poquelin (en la época el nombre se escribía Pocquelin) como lo hace el marqués anónimo, autor de este libro).

Cuenta diez años de edad cuando muere su madre. Su padre, que tiene el cargo de valet de chambre y tapicero del rey Luis XIV, vuelve a casarse, con Catherine Fleurette.

Jean- Baptiste se familiariza desde muy temprano con el teatro, pues su abuelo suele llevarlo al teatro de Bourgogne, para ver a los grandes comediantes italianos y a los trágicos de la época.

Hace el curso de humanidades en el colegio de Clermont, instituto jesuita frecuentado por la nobleza y por la alta burguesía de esos años.

Estudia derecho, pero no hay certeza de que haya asistido al curso del filósofo Pierre Gassendi, famoso en ese entonces por sus ataques a las teorías de Aristóteles y por la controversia con Descartes sobre la naturaleza de la materia. Se sabe, sí, que frecuenta el ambiente teatral, donde conoce a Tiberio Fiorilli, el célebre Scaramuccia, y a una joven actriz de veintidós años, Madeleine Béjart, quien se convertirá en su amante. En enero de 1643 renuncia formalmente a la herencia del cargo que ejercía su padre, y decide dedicarse al teatro. En junio de ese año, con los hermanos de Madeleine Béjart (Joseph y Genevieve) y otros nueve actores firma el acta de constitución del Illustre Théâtre. Madeleine Béjart es la primera actriz de la troupe, y la única con derecho a elegir el papel que quiere representar.

Se convierte en autor, actor, director y administrador de la compañía, tarea que, entre otras funciones, incluye los contactos con autoridades, el arrendamiento de salas, la obtención y gerencia de recursos.

El 28 de junio de 1644 firma el primer documento con el nombre de Molière. El significado y el origen del seudónimo son desconocidos.

Poco se sabe de la vida privada de Molière. Parece que sufría de melancolía (el término "depresión", con el sentido de disturbio mental que hoy le damos, sólo surgió en la lengua francesa en 1851), que era hipocondríaco, colérico y neurasténico, que sufría de agotamientos, lo que habría causado su muerte. Tal vez padeciera alguna enfermedad, pero de cualquier modo los médicos de la época, haciendo gala de esa ignorancia tan bien retratada por él, no habrían sabido diagnosticada.

Se sabe asimismo poco de su vida particular durante la peregrinación de la troupe por el interior de Francia, entre 1645 y 1658. Representando farsas italianas adaptadas por él, el Illustre Théâtre visita Nantes, Toulousse, Agen, Pézenas, Grenoble, y varias villas del Languedoc. En alguno de esos lugares se une al grupo la actriz Catherine Leclerc, que tomará el nombre de su marido, el actor De Brie. Catherine será una de las amantes de Molière.

Hay registros del paso de la troupe por Lyon, Montpellier, Narbonne, Bordeaux, Béziers y Avignon entre 1653 y 1657. La compañía es conocida como Troupe de Monsieur le Prince de Conti, referencia a uno de sus protectores más eminentes. En esa época se integran al grupo el actor Du Parc y su mujer, Marquise-Thérèse de Goda, actriz célebre por su belleza, por haber sido amante de Molière y Racine, y, luego, por su muerte mis-

teriosa. En Lyon se estrena la comedia *El imprudente*, quizás la primera pieza de autoría legítima de Molière, si bien inspirada en la farsa *El descuidado*, del italiano Beltrame. En Avignon, Molière conoce al pintor Pierre Mignard, de quien se hizo amigo y que pintaría su retrato.

En 1658, la compañía regresa a París. La farsa de Molière *El médico enamorado* tiene un notable éxito al ser presentada en el Louvre para la corte, y esto le abre las puertas del teatro Petit-Bourbon, que comparte con la compañía italiana de Tiberio Fiorilli. La compañía empieza a usar el nombre de Troupe de Monsieur, referencia al único hermano del rey Luis XIV y otro de sus protectores.

Al año siguiente la pieza *Las preciosas ridículas* alcanza un gran éxito, pero causa también una encendida polémica.

El éxito posterior de las piezas *Escuela de maridos* (1662) y *Escuela de mujeres* (1661) despierta una nueva ola de reprobaciones. Los celos de autores, actores y asociados de los teatros rivales, el de Bourgogne y el del Marais, contribuyen a aumentar la difusión de libelos e intrigas que, anónimos o no, caracterizaban la guerra literaria de la época.

Pero Molière no se intimida y continúa, con sus piezas, criticando a los arribistas, la Iglesia, la hipocresía religiosa, la ignorancia fatua y calculadora de los médicos. Con *Tartufo* (1664) se multiplican las acusaciones, calumnias e injurias de sus enemigos. El clero se pronuncia en contra de Molière, y logra la prohibición de *Tartufo*, que el comediante reescribe y es finalmente liberada. Surge entonces *Don Juan*, recibida con grandes ataques y censuras que causan también su prohibición. La pieza no volverá a ser representada en vida del autor. *El amor médico* (1665) despierta el antagonismo de los médicos. A pesar de que Molière cuenta con el patrocinio del rey, y su compañía se llama ahora la Troupe du Roi, la encarnizada oposición en su contra no se detiene.

Molière muere el 17 de febrero de 1673, después de sentirse mal durante la representación de su última pieza, *El enfermo imaginario*. Pero ni siquiera la muerte hace cesar la saña de sus enemigos.

Más detalles sobre la vida de Molière pueden hallarse en la novela *El enfermo Molière*, escrita por el marqués anónimo.

Quiero terminar esta pequeña biografía con un breve comentario sobre lo que fue el siglo XVII en la Francia de Luis XIV, el Rey Sol: una época de intensa creatividad, en las artes y en las ciencias, que dio surgimiento, además de Molière, el mayor de todos, a grandes nombres de la literatura, como Corneille, Racine, La Fontaine, Bossuet y Boileau, entre muchos otros que contribuirían a dar a la lengua francesa influencia y predominio cultural en el mundo, durante casi doscientos años.